

CANTOS A HELENA CENTRO DEL MUNDO

Máximo Avilés Blonda

Edición y epílogo,
Miguel D. Mena



CIELONARANJA

© EDICIONES CIELONARANJA, 2012

Ediciones Cielonaranja,
Santo Domingo – Berlín

Visite nuestra página web:
<http://www.cielonaranja.com>

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin
autorización escrita del editor.

La presente obra está amparada en las leyes de
Propiedad Intelectual.

ISBN: 9945-00- –

INDICE

Cantos a Helena, 7
Centro del mundo, 91
Epílogo, 115.

HELENA

CENTRO DEL MUNDO

CANTOS A

MAXIMO AVILES BLONDA



CANTOS A HELENA

CANTO I

Dulce Protectora de Navíos, ¡Oh Helena!,
posa tu mano en la guirnalda
y deja que arriemos las velas.

En iguales circunstancias
habríamos dejado atrás las ruinas
y la mentira de los monumentos,
mientras el mar color de las Antillas
canta golpeando las rocas de la isla.

Estuvimos en el frente. Lidiamos el toro con sus fuerzas.
y con sus cuernos cavamos zanjas para la defensa
Pero el mar, siempre el mar, nos acogió en la retirada.

Miramos el mar con límite,
como una unción sobre la piel bastarda
y sentimos la provocación de la sal en nuestros labios.

Fuimos acogidos y colmados.
Frente a nosotros: La vastedad inmensa.
¡Oh Helena!
Deja que arriemos las velas
y pongamos sitio a la ciudad.
Y la peste llegó sobre las tropas
La corrupción creció en las calles de la ciudad sitiada.

Entonces se hizo necesario decretar:
y alguien dijo buscando instaurar la disciplina:
En el pupitre existía un lugar para el tintero,

una ranura para el lápiz
y los libros debían estar lomo con lomo.

Frente a los libros, a la ranura del lápiz y al tintero;
la iglesia con sus prédicas secretas
y muchas teorías sobre los fusilamientos.

El emperador tenía sus caprichos:
Mocedades de sol en la mañana,
en la tarde un paseo frente al mar fecundante.

A veces, alguien cazaba una paloma
y otro hallaba un guijarro en su corazón.
Y el mar, color de ojos de Afrodita
batía dulcemente las rocas de mi isla.

Estamos en la segunda parte de la distancia.
En 1963 medido.
Entra ¡Oh Diosa! antes de la destrucción del pueblo
y no digas que es mentira este suceso.

CANTO II

Alta mar en el pecho de Helena.
Alta mar en sus labios.
Príapo disecando las cigarras,
disecando el amor sobre la tierra,
la tierra que nació en este momento
mitad olivo y mitad guadaña,
y en el pecho de Helena, la alta mar crecida
tocaba los lindes de la isla.

Alta mar en el pecho... Hubo edificaciones y navíos
y cintos en el pelo,
y hubo flautas y contemplaciones
y monumentos con hojas de laurel.

Alta mar, mar alta en el pecho.
La ciudad hirviendo de noticias,
caldeada de rumores salidos debajo de las piedras
y el Consejo de Ancianos decretando el destierro.

En el jardín, Helena contaba las naranjas.
Dentro del caballo, traición para la ciudad,
traición para los brazos de Helena
y los vaticinios de Casandra,
y Príapo disecaba las cigarras
y un Imperio, armado como un mosaico,
lleno de luz esplendorosa, sucumbía.

¡Oh Diosa!, deja pacer las cigarras sobre las hojas!
¡Deja que revienten en la luz de la isla,

deja su corazón, en este remoto verano,
agitar con su ruido todas las velas que cercan la ciudad!

Evita diosa que el Atrida toque con su furia
los muros y las puertas.
Yo amé una vez a Helena pero temí su furia,
me contenté con mirarla solamente.

Helena fue un pretexto como la libertad.
En el fondo era el predominio,
era Príapo desfallecido
y un Imperio desarmado poco a poco.

El amor fue el pretexto, la excusa para la matanza,
y por encima, el destino, jugaba con los niños de Troya.

CANTO III

Las invocaciones de los dioses no pudieron evitarlo.
El gran Zeus, no pudo evitarlo,
el Destino había ganado 1a partida,
y el cadáver sería profanado.

Bronce brillante sobre el pecho de Héctor
y afán de luchar contra el imperio injusto,
contra el Pelida injusto, contra el dinero injusto.
Conservador, el padre controlaba a su hijo el guerrillero,
“Guárdate tras el muro”. “No te de vergüenza.
Trabaja y gana para mantener tus hijos, no te de vergüenza.
No luches contra el Imperio, no te de vergüenza.
Pacta, vende tu libertad, no te de vergüenza”.

Y la madre agitó el aire con sus gritos.
Le enseñó el pecho al hijo. “Ven tras el muro.
Tu mujer come a diario, no importa, ven tras el muro.
Evita el hambre para mis nietos, ven tras el muro.
Los demás nada tienen que ver contigo, ven tras el muro”.
Pero había bronce brillante sobre el pecho de Héctor
y afán de luchar contra el Imperio injusto.

Madre, Helena fue el pretexto solamente,
ellos quieren las costas de mi isla.

CANTO IV

Y frente al mar, ¡Oh Helena!, tu amplia sonrisa de
intervención,
tu sonrisa de extranjera que manda respetada por todos los
colores,
tu sonrisa que decreta, que nombra funcionarios y dirime
litigios,
que inscribe en falsedad
y demuestra con estadísticas y números
lo necesario de las guerras y los golpes...

El mar, comparado a otro mar por sus colores
arrojó la nave frente a la habitación,
frente al triste aposento del vencido,
y el Atrida triunfante, señor de los hombres,
ofreció presentes a los dioses...
“Diez talentos para agua. Para aliviar el hambre de la isla.
Ahora bien, ¡que echen a los hombres que sean puros
porque esos impiden desarrollar el programa!
No importa la legalidad. Lo legal son las armas brillantes.
Las que imponen la cruel condición del vencido”.
Estamos en un torrente. Plomo y sombra.
Un plumón de discursos y decretos.
La alta mar nos lactaba, las algas bendecían nuestra unión con
la vida,
y sobre el pecho de Helena: dos caracoles resplandecientes.

Y así habló el Atrida, señor de los hombres de nuevo:
“Un trípode para subir al que yo quiera,
para eso están los hombres de armas,

los hombres de fustas y torturas,
los de acero y níqueles y plomo”.

(Hombres azules y amarillos
galopando con fuerza sobre el pecho de Helena).

¡Potentes cascos sobre la piel de Helena!
¡Destierro y opresión para los teucros!
En la ciudad murada, alborozo y danzas.
Libertad en las islas enfermas con el fuego del mar,
enfermas con su toque en las rocas,
en trance, como pitonisas. Desgarradas.

Infusa en nosotros la mar nos presagiaba...
Y yo cantaré a mi Troya un nuevo canto,
un canto de hombre de ciudad, de hombre de helecho y de
paciencia,
de hombre de trabajo de oficina,
designado con la anuencia del Atrida.

Yo cantaré un himno ¡Oh Troya!
Mi Troya de isla en el Caribe,
mi cercada, cercenada Troya en el Caribe,
y será el canto de mi ciudad
cercada, sucia, ultrajada, maldecida.
Y será el canto de una nueva estirpe.

Dura estirpe de corales lactada por el mar.
Producto fuerte de las islas azarosas.

Frente a la mar esclava, la sonrisa de Helena como una
premonición,
como un irónico gesto a esta esperanza,
a este breve despertar en el dormir de isla.

CANTO V

Seco, más seco que una piedra para cantar, ¡Oh Helena!,
la gloria de estos muros.
Mas seco que una piedra para mostrar
la dilapidación de una fortuna
por los que vinieron después a gobernarnos.
Más seco, mucho más, para enumerar
las ejecuciones de los alguaciles,
la colocación de las piedras fundamentales,
las inauguraciones de caminos,
las especulaciones de los banqueros,
los negocios de bolsa y el tráfico continuo de la madera y la
savía,
mientras el mar se despoja en los acantilados
de su triple corona de profeta.

Más seco que la misma sequedad, ¡Oh Helena!,
para alabar el bostezo de los habitantes de la ciudad murada,
su indiferencia frente a naves extranjeras
frente a sus mástiles en consorcio con harpías.
Así, ¡Oh Helena! este canto...
No soltemos las amarras, no partamos.
Así mi canto no será canto de partida, canto de alabanza desde
lejos.

¡Diezma! ¡Oh Diosa! las tropas,
y que la resaca sea una gloria para el puerto!
En tanto el viejo asceta,
maltratado por las levitaciones,
con su dura cabeza blanca sacada a golpe de hacha,

sufre las habladurías de los nobles que gobiernan
y contempla el sucio puerto desde lejos.

Crónica de la ciudad para elogiar ¡Oh Helena!
Crónica de la ciudad para registrar sus mentiras.
Crónica para sus presupuestos en papel.
Crónica para sus edificios y corporaciones,
y el fomento industrial sobre las mesas.

Crónica de la ciudad para alabarte ¡Oh Diosa!
en los edictos, en las mentidas subastas
donde se adjudican propiedades los que mandan.

Crónica de la ciudad que será himno,
himno de amor ¡Oh Helena!
(el amor fue el pretexto solamente).

Himno para ti ¡Oh Helena!
que será himno de gloria.
Lo cantarán los escolares
y las mujeres que sufren en tu pueblo.

CANTO VI

Nada es duradero Helena, ni la guerra, ni el trigo,
ni el cielo encerrado en la ciudad murada,
ni los caprichos del Tirano,
los decretos del Consejo,
o el guijarro encontrado
en el corazón de los que buscan.

Nada es duradero, ni el mar que nos retiene
y retrasa con olas la partida,
ni el viento que golpea las naves
hacia un azul gastado y misterioso.
Nada es duradero Helena,
pero el misterio está en el repertorio que la noche desata
cuando el mar no tiene bordes sino promesas de caminos
y los hombres de las islas azarosas
creen resolver con un viaje sus problemas.

Permanencia, Helena, permanencia.
Bodas con el mar para la partida.
Vestido como un Príncipe de gracia,
golpeando con su adarga las rocas de la isla.
Un espectáculo sonoro frente a la ciudad murada.
Un aplauso de aguas junto a los muros de la ciudad.
Allí está el placer del estudiante en esperar noticias.
Un tiempo de promesa en la isla,
un tiempo de promesa en la ciudad,
un tiempo de angustiosa promesa,
con persecuciones de ciervos, cacerías,
con monteros de pequeños sombreros y zapatos militares,

un tiempo de redoblantes en las escuelas
y marchas obligadas por las calles.
Pero fue un tiempo de promesas que el mar alimentaba.

CANTO VII

La muerte nos esperaba en cada esquina de la ciudad
(estamos en el año de la nana)
y en cada encrucijada estrecha
nos esperaba la muerte
pero creíamos que era bueno
y nos gozábamos en ello,
porque era un tiempo de promesa que no permanecía.

El amor era antojadizo:
se miraba una flor, se respiraba un poco
algo se escribía en las paredes
y el mar se abría de pronto
como una profunda promesa de caminos.
Y he aquí que alguien cantando trató de instaurar la disciplina.
Y un: "Quietos todos. No se mueva nadie.
No hay ningún peligro.
Estamos aquí para protegerlos".

Y los grandes comediantes
bajaron de los muros de la ciudad
e hicieron grandes gestos.
"Paz para la ciudad.
Que todos sean perdonados,
que no haya rencor, ni ricos,
sino un disfrute de todo para todos".

Testimonio, Helena, testimonio.
Entonces vinieron los Príncipes del Norte
hombres robustos, de montura,

y prometieron desarrollar sus energías,
combatir la penuria,
limpiar de heces las pocilgas
y hacer perfectos estatutos.

Nombraron enérgicos Prefectos y Síndicos y Regidores,
y Procónsules de mirada huidiza.
El Destino, arriba jugaba con los niños de Troya.
Hubo muchos de nosotros que decidimos dejar
sobre los muros de la ciudad las promesas
y jóvenes que entregaron al holocausto sus hondas y sus
piedras,
y vírgenes que sacrificaron sus velos
para que ondearan en el palo mayor como banderas,
para alegría de marineros y soldados.
En tanto los viejos Comediantes
hacían grandes gestos
sobre los muros de la ciudad.
Y fue comedia todo Helena, fue comedia.
El destino había jugado con los niños de Troya
y los niños perdieron la partida.

La señora había dicho:
“Para jugar hay que conocer las reglas”,
y los niños, Helena, no conocían las leyes del juego,
no conocían muchas cosas del juego
y los grandes comediantes burdamente jugaban
mostrando sus máscaras y sus coturnos dorados.
Todo quedaría en los muros
y se discutiría como un gran negocio en los aposentos,
y dejaron allí la consecuencia de la cuenta y razón,
para que los niños perdieran la partida.

CANTO VIII

¿Quién comenzará Helena, la marcha para las
grandes reivindicaciones?

Nuestro costado será nuevo para el azote
y nuestras espaldas febricitantes
sentirán el peso del látigo del capataz,
conjuntamente con las grandes usurpaciones
y las palabras de probos ciudadanos
llamando a la cordura.

La cordura Helena, es sólo un pequeño cambio personal...
Y ¿quién, en el agua ardiente de una verdadera confesión
va a conducir nuestros altos destinos?

Mis palabras Helena, no proféticas
sino palabras crueles de ciudad.

Muralla adentro, mis palabras son palabras.

Y así, canto ¡Oh Diosa! lo inatacable de los métodos,
mientras las vírgenes peinan sus cabellos bajo la lluvia del
verano.

Locura del canto, locura de las palabras
para expresar el dolor de la ciudad.
En el vociferar de los barrios: el decreto del mayoral,
y un rumor que altera nuestras costumbres ciudadanas,
cuando frescos vientos dejan caer su sonrisa
de hollín sobre la plebe
y se pronuncian frases solemnes en el atrio de los templos.

Canto de la ciudad, ¡Oh Diosa!
Canto para ser cantado por niños,
canto para los labios sellados del profeta,
canto para la agria mirada del apóstol.

¿Quién conducirá nuestra marcha
hacia nuestros más altos destinos?
¿Quién poblará comarcas, trazará líneas remotas,
grandes demarcaciones, horarios,
mientras los criados de librea
sirven el té a las damas que conversan de benéficas rifas?

Canto de la ciudad. ¡Oh Helena! tu mano sobre el muro
igual que un peso leve sobre el hombro del pueblo.
Y la marcha del pueblo hacia la conquista de las grandes
reivindicaciones...

¿Quién pone sitio a la ciudad en contra de leyes y decretos?
Canto para ser cantado en ocasiones solemnes,
o en la esquina, en voz baja, en oídos de oscuros ciudadanos.
¿Y queréis decirme, Hombre de Ciudad,
que habéis perdido en tres años la memoria?
Y vosotras, vírgenes, que contemplabais la piedra pulida
como un homenaje al héroe muerto en el combate,
habéis sacrificado vuestros velos y lámparas
por la promesa de un poco de grano y de lluvia.
No digo que no nos hayan impresionado
las máscaras de los grandes comediantes,
ni sus trágicos fracasos
al final de una empresa llena de odio,
pero creíamos que después de tanto discutir
surgiría una mejor solución para las bocas que claman.

Y así Helena, este poema es poema fatal,
poema para ser cantado por viejos
canto para la viuda del profeta,
cuchilla para la barba del apóstol.

No diréis, Pueblo, que nadie os previno,
no diréis que no se tomaron amplias medidas,
que no se señalaron límites al desenfreno de los jóvenes.
No lo diréis, no, porque es evidente
que los grandes comediantes,
hombres de máscara y coturno,
bajo su piel dorada de afeites
encerraban propósitos remotos.

Y así, ¡Oh Helena! este canto,
es canto fatal de joven de ciudad,
conocedor de estadísticas y censos,
lector de proclamas y protestas,
en el turbio desenfreno amenazante de la ciudad murada.

CANTO IX

Y el terrible amanuense escribió en negros caracteres:
“La edad, la edad, Helena, es mala consejera:
Yo fui joven y viejo antes de tiempo.
Quise llevar las vendas al herido
y he aquí que el mar era propicio
para mecer mi juventud
en la zona del milagro...
¿Quién junto al hueso resplandeciente
no ha llorado la muerte de una edad?
El mar es pequeño para guardar tu nombre
cantando al son de dulces ocarinas”.

Y el terrible amanuense escribió en el viejo pergamino:
“La edad, la edad Helena...
Guardad las apariencias. Llevad luto”
Y he aquí, he aquí que los grandes comediantes
engañaban a los niños de Troya.
Hubo muertos heroicos
y algunos que sólo pretendieron salir hacia otras rutas
y fueron muertos también.
(No sé por qué Helena yo te digo...
Tal vez sería mejor que tomara
unos cuantos guijarros de mi tierra
y en una noche estrellada
interrogara a todos).

Sellando el pacto entre los grandes comediantes,
¿qué nos queda a nosotros, doliente tribu
mecida en pobres árboles?

El agua sucia de las últimas abluciones
cuando en la mañana, el déspota
dicta su decreto.

Canto para ti, Helena,
canto dictado al amanuense
después que la rota adivina
leyó la malaventura en la mano de la isla.

Un mundo organizado sobre palabras
no es un mundo que soporta el golpe del ariete.

CANTO X

Habría podido nacer ¡Oh Helena! en otras costas más suaves,
en orillas más dulces de ríos,
bajo sombras más amables de árboles sin hormigas,
pero en la antigua Lotería me tocó este peñón
y así mi canto corresponde a esta tierra de áspero verde,
y corresponderá de igual suerte el canto de mi hijo,
porque con el cordón nos ataron a la roca
y aquí estamos, confiados, no en soltarnos,
sino en cambiar la roca, los cordones, las ataduras
ciegas de tantos condenados.

Todo es cuestión de órbita, Helena, de movimiento torpe y
calculado.

El trabajo cambia de acuerdo a cada roca de condena.

Y este es nuestro trabajo. Tú lo sabes.

Lo difícil está en cómo hacerlo:

Hay tantos cordones en la roca que cualquiera se enreda,
“cualquiera”, es palabra de islas, palabra
irresponsable de islas de ardiente sol y olas.

Surge el fervor esperanzado como una bofetada
en el baile de los nobles y grandes,
como un golpe de aplauso al pie de la comedia, o la danza de
sátiros

junto al Epodo y la máscara escondida en el foro,
en las Dionisiacas Urbanas, surge.

¡Ah Estrofa y Antiestrofa y retirarse organizado del coro
como todas las cosas de los nobles!

Surge el fervor de pronto, esperanzado,
como un escupitaje no de adentro

sino de llenarse con indignada agua nuestras bocas,
¡Oh agua de impotencia en la protesta!

Como un cadenazo lapidario y juvenil en una calle, surge el
fervor

equivocado o cierto, pero surge.

Surge para ordenar cordones atados a la roca,
para enredarlos más, cuando estalla sin tino,
y se espera que la ardiente epopeya o el plomo aguerrido o
agresor

los corten de cuajo como raíz enferma
o antiguo y desvencijado oráculo.

Es verdad, preciso es confesarlo, ¡Oh, Helena!,
que nos trajeron pájaros de otra parte
con hígados marcados de antemano
para ser interpretados fácilmente por los torpes augures
por los turbios auríspices,
de atado, enredado y brillante cordón,
de áureo cordón a la tierra fértil de la roca,
interpretados por los conocedores de presupuestos y
prebendas,

sabedores del movimiento exacto de la órbita,
banqueros, comerciantes en grande,
profesionales, mercaderes de toda suerte y laya,
empleados de "faltan cinco días – para acabar el mes",
zapateros, cerrajeros, vendedoras de destino,
hojeras de suerte, canasteras frescas,
revendedores, alguaciles,
jinetes en jumentos,
fabricantes de queso, carboneros,
cosechadores de mieles en apiarios pobres,
hambrientos cortadores del junco azucarero,
lavanderas de ríos y de agrias y desinfectadas

bateas con detergentes nuevos,
y todos, todos, firmemente atados al peñón,
¡Oh Helena!
todos fijos y móviles en la órbita móvil
de los Príncipes rubios poderosos.
Todos tratando de conservar la civilización y su exacta medida.
Todos siendo y conformes de estar.
Todos de acuerdo a su altura, de acuerdo a su cordón.

Es triste dar el número exacto de las cosas,
la dimensión, la raya, la marca, la situación,
pero aquí están los cordones, las ataduras, los tropiezos,
y estos, Helena, son tesis pesimistas.

¡Oh! Es cómodo, muy cómodo, asignar la suerte
a las barajas, a la taza, al trabajo.
Hablar del negro o el llanto.
Esta sota es el norte, de allí viene la muerte,
el frío, los designios... ¡Copas y Espadas!
Y eso es verdad, ¡Oh Helena! más no es todo...
Es cierto que los naipes gritan en las espaldas
más no es todo. Eso no es todo Helena, y tú lo sabes
porque vienen pretextos de todos los puntos cardinales:
El pretexto para ser irresponsable,
el del reloj para llegar tarde a cualquier sitio,
el de “yo no tuve la culpa”
y “esa no fue mi intención”,
y muchos, y el más terrible, el más cruel
¡Oh Helena!,
el “yo lo siento”.

Y así, así, ¡oh diosa! seguir atado por fuerza al peñasco
y acariciar tranquila, torpemente cada cual su cordón.

Y existe también, Helena, un no enfrentarse al límite y
ataduras,
pero es quedarse solo entre cordones.

CANTO XI

Cuando nos quitemos nuestras coronas,
esas que nos ceñimos nosotros mismos,
en el peñón de los ciegos campanazos,
no dejaremos en ellas rastros de perfumes,
ni sabrán nuestros labios a suave vino,
ni seremos amorosos, ni voluptuosos, y nuestro andar nada
dirá.

¡Cierto, Helena, muy cierto,
que las cremaciones fueron cosas terribles!

Y ¡Oh Diosa! canta tú la cólera de un pueblo,
canta la ruptura de cadenas,
canta el ímpetu, la blasfemia noble y joven en el atrio,
canta la palabra salada y sudorosa...

No hago aquí ningún acopio de formas más augustas
para explicar la existencia en la isla,
pero en las blancas y perfumadas danzas de presentaciones en
provincias

se preparan las vírgenes electas
para ventajosas uniones de familias
y así perpetuar el áureo cordón sobre clamantes bocas.

¡Ah de las servidoras venidas de todos los puntos y colores!
A esas, y tú dirás ¡Oh diosa! que no es la adecuada expresión,
sólo les está permitido traer
en brillantes bandejas los afeites,
las aguas de rosa y de hamamelis virgínica.

Los tibios y grasosos algodones para las patas de gallina
salientes...

“¡Ah no, no hay pañuelos de madrás domésticos,
porque los grandes sirvientes se perdieron con la edad,
buscaron maridos y mujeres libertos y formaron familia
dos o tres peldaños más abajo de las presentaciones en
provincias
con ridículos versos, dulces y altisonantes,
y añejas pelucas amarillas ocultadoras de muchos
pensamientos”.

(Nobles profesores de cuatro cuartos enseñan simetría.
Esto es particular porque es de provincia,
no es mensaje cifrado)

De la Ciba–piedra viene el progreso,
vienen los grandes y pequeños Comendadores,
del granero de las islas viene todo.
No fue sino un día
que abrieron el camino de la aldea hasta Ilión
no obstante que ese río de oro fue visto primero
por las grandes tribus que tocaron las remotas
costas empujadas
por los Nortes de Invierno.

Se quebraron quillas de acuerdo a remotos propósitos,
a calculados tratos.
Y al Norte, con áureo pensamiento obscuro
acoplaron maderamen y hojas aguardando.

¡Ah las Capitulaciones y el destino de Troya!

CANTO XIII

En el agua se lava el corazón.
En la muralla Sur, ayes de madres, vientos y consejos.
Los frutos congelados en vitrinas.
El sol poniente azuza los chacales.
La luz en el Palacio los alumbra.

Orden y Paz. Conciliación. Trama.
(Consigna meditada hacia otro tiempo después).
¡Cálculo! ¡Cálculo zorruno, Helena!
Ambigua felicitación a los chacales
y el “Yo no tenía el dominio de las cosas”
a los hombres de letras,
a los amanuenses de la verdad comprometida
hemisféricamente.

¡Cuánto te amo! ¡Oh ciudad, a pesar de tus hombres!

CANTO XIII

El ave rara de la dicha y la promesa se posó un rato en la Puerta
Norte,
y te juro Helena, que ingenuamente le dije: “¡No te vayas!
¡Quédate con nosotros, deja tus plumas amarillas
sobre las piedras, pinta con tus alas de un color amable el cielo
de la ciudad!

¡Canta tu dulce canto sobre el peñón agreste,
(me encontraba cansado, entonces)
tú quieres el peñón, canta por él un canto,
olvídate un momento de tantos ombligos miseriosos!”

Ave era de rapiña, Helena,
comedora de vísceras podridas
y yo no lo sabía. ¡Estaba tan cansado!

No lo sabía, no,
y yo pecador, Helena, confieso avergonzado,
a la Luz Omnipotente que en todas partes entra
o puede entrar,
que en todas partes se mete como el ave o lo malo.
al ave verdadera de la Dicha, avergonzado,
la que no anida en viejas barbas apostólicas,
sino que momentáneamente, de acuerdo a un interés
establecido
pone un pequeño huevo de uralita
en la nefasta coraza del guerrero oliente a contrabando.

Por entonces
leía a Po Chu Yi

dinastía Y'awg. Siglo IV y chino,
aquel que dijo: “No esperes, no pienses en tu vieja silla,
sino abre tu boca a ciertas horas ¡traga!
y cierra tus ojos ¡duerme!
Verás que es bueno esto, ¡Gózate en su contento!”

Y así Helena me turbó la muralla
y pensé que el sacrificio era bueno
hasta un día, después de grandes fiestas,
con guirnaldas y vino, con salobres sollozos,
y pámpanos triunfantes y machacadas hojas,
que comprendí la verdad de lo pactado.

Los grandes comediantes hicieron grandes gestos.
Conocían a fondo las cláusulas del trato.
Sabían el peso exacto, las monedas
que darían al Corega y al Arconte.

CANTO XIV

Y el Padre Divino que domina a las nubes
dio permiso a sus hijos para actuar por su cuenta.
Le dejó las cosas al corazón de ellos,
porque sentía temor que las fuerzas del herido Imperio,
del Pelida decadente,
del Atrida, señor de los hombres, violento,
puedan quebrar las Puertas antes que el Viejo Tiempo lo
mandara.

¡Ah, de aquel, Padre de Todos, a ese culpan algunos!

Y tú Padre Cronos. Padre del Cronida
que te sientas a nivel del Padre de los dioses,
antiguo abuelo devorador de hijos
que usas el escabel forjado por el grácil cojo
que sacude al mundo desde adentro,
Destino, presente en los oráculos,
en las manchas del té y del café,
en el latir afiebrado de los pulsos,
en las rayas intrauterinas de las manos,
en los signos en la tierra, trazados con la vara vieja,
en el caer lento de los granos de arena,
en las cuatro estaciones de las barajas españolas,
en el cristal del vaso con agua iluminada,
en las oraciones junto a la mesa que salta,
en el accidente, en el suicidio, en la flecha escapada,
en el crimen calculado, en la noticia,
en el lebrillo de las purificaciones infantiles
donde acude inmensa muchedumbre de párvulos

invocada por progenitores sin conciencia,
por tutores deseosos de potestad y descendencia,
de prolongar apellidos, situaciones, vergüenzas familiares
o un cofre de la dicha.

Presente en todas parte ¡Oh Padre del Cronida
sentado a su nivel de rayos y de nubes!

Presente en esta veterana edad de isla y de cordones
y en el mar abierto a toda consideración,
abierto a toda especulación
o necesario propósito,
en el mar límite o atadura,
freno de islas
o contemplación verdiazul de un camino posible.

Mar del sur y del norte.

Mar de todas partes.

Mar de olas de encaje como algo que viene y que va,
como el bajar y subir de los pechos de mujeres antiguas
con un clavel guardado en el corpiño, con polvo de arroz
y el perfume que invadía todo en su amplia sequedad
de hoja amarillenta de empolvado libro.

Y así, Helena, la consideración de destino y de mar
van aparejados con la condición de isla,
de isla registrada y cifrada abyectamente
en la tumba de los grandes marinos, como triunfo de bronce,
los marinos sepultados en la capital sagrada del Imperio,
la ciudad hexagonal edificada para evitar sublevaciones,
blanca y marmórea, de líneas rectas y columnas
y curvadas bóvedas, estatuas
de un verde manchado de palomas grises,
de organizados cementerios, de jardines, de blancos obeliscos
para alabar los nombres gloriosos y las espadas

heréticas de descendientes
profanadores de los ajenos predios de Príncipes vecinos.

Y aquí ¡Oh Diosa! Insectos e infecciones,
grandes multitudes celebrando al héroe de turno impuesto
al borde de profundas estaciones
donde a veces luce disecado el cadáver de algún pájaro feliz
como atractivo atavío de los fieles.

Siempre pasaron estas cosas en las islas.
Las crónicas añejas y amarillas hablaron de estas cosas.
Dijeron algo también de los vientos y el mar
y de las miserables condiciones de tierra firme
donde empolvados Virreinos y Tribunales del Santo Oficio
establecidos por Bulas y Amplias Cédulas
cortaban las antenas y las alas de dulces o rebeldes mariposas.
En agosto o septiembre, marejadas
que encallaban en la roca a las cóncavas naves...
y la sequía, la amarga y dura sequía
en el morado tiempo de penitencia...

(Entonces cantábamos la loa, el dulce pean
con blancos cirios y estatuas españolas,
y cuando desaparecieron las Tres Mariquitas
la madrugada del domingo,
y los Judas incendiados,
y las campanas decían su canción
de algo que salió de la tumba sin luz y sin peste,
se cambiaron los oficios a la noche.
Esto no tiene importancia aparente
pero influye en el canto).

Y así contemplamos la yerba amarilla en los jardines de los
grandes,

en el parque de los nobles,
donde los viejos muestran su aferrarse al mundo
levantando con negras pinzas sus párpados caídos y arrugados.

¡Hipógrifo violento que corriste!
¡Caballo y grifo corredor!

¡Corre el mar de las islas su correr necesario!
¡Quedan quietas las islas en el mover del mar!

CANTO XV

Aquí, en la cornisa, en el umbral, en el alféizar,
en la puerta de entrada
apoyada la esperanza pequeña de los pequeños nombres
contando con los dedos el día por venir, estamos.
Siempre creemos que soplará un viento mejor
cuando empujemos atrás el último dedo de la cuenta
en la segunda mano, cuando la primera cansada
empuje aquella que comenzó a empujar,
para que luego una mano se convierta en tercera
y ocupe el sitio de la otra
y empujen ciegamente un dedo contra el látigo,
un dedo contra el viento dirigido,
un pequeño dedo contra el viento y el polvo,
un dedo señalado, dirigiendo apenas su protesta
porque el mayoral podría cercenarlo.

¡Hoy! ¡Mañana! ¡Tal vez! Hojas. Brisas. Caracolas.
Insectos clasificados. Alergias y despidos.

Cuenta y razón. ¿Se apoya la Esperanza en la ventana?

CANTO XVI

¡Nacido de la axila de su madre
el caballo quedó junto a los muros.
Un caballo pequeño de cruzadas bridas anticuadas.
Un soltero caballo para el triunfo de propósitos agrios contra
Ilion.
Un meditado y calculado caballo.
Clavileño de venganza para Troya!

A la sombra de un árbol el anciano,
en la puerta del templo, el sacerdote
y el humilde ciudadano dijeron: “¡Haya Paz!”
¡Entremos el caballo tras los muros
para alabar a los dioses!”

Y dijo la mujer en su pobre cocina, “¡Haya Paz!”
Y dijo el hombre de campo tímido y miseroso
¡haya paz!
Y algunos jóvenes que no llevaron carcaj en sus espaldas,
ni arcos, ni lanzas en sus manos en defensa de Ilion
sino que aspiraban a la toga viril de las prebendas,
dijeron, después de haber mirado a diestra y a siniestra,
medrando, “¡Haya Paz!”
Y en las Grandes Empresas dijeron: “¡Haya Paz!”
Y entonces sonó en el viento un solo grito
“¡Haya Paz!”

Y dijo Sinón, el aqueo traidor,
el pasado a las huestes de Ilión pagado:
“¡Traigamos el caballo tras los muros,

eso será la gloria de los dioses!
¡Los aqueos se fueron. La guerra ha terminado!
¡Traigamos el caballo y festejemos!”

En el vientre estaban los propósitos:
La nefasta venganza del soltero caballo
de cruzadas bridas, a la antigua,
espadas oxidadas, cuidados bigotes escondidos,
mujeres de pintado pelo y coronas de flores,
poetas para ofrendas, mercenarios del triunfo,
legisladores de extender el brazo y cobrar mesada
y nuevos traficantes de la dicha.

Las jubiladas falanges
venidas a menos por enfermedades, crímenes y faltas
y los fracasados comediantes de otras veces.
Todos estaban allí. ¡Tremenda cohorte de venganza contra
Ilión!

Fruto madurado del miedo cinco años.
Todos estaban allí, babeando su venganza y su odio.
(Y tal como los pueblos anualmente se unen
en celebraciones solemnes.
en grandes asambleas o anficiónías
para interpretar o recoger la cosecha del Destino,
así nos hemos unido
en ocasiones solemnes).
Es tarde ya para limitar ese grito de paz
no obstante las campanas sordas en Ilión.

(A la hora meridiana, que dicen Hora Sexta
a golpe de tambor el Canto de Acción y Gracias en el templo,
y todos, itodos que triste! Teucros y Aqueos con el blanco
traje
de celebraciones pluviales y el caballo, distinto).

El imperio mandó su mensajero,
sus suaves meretrices de meliflua voz para cortejo
y conquista y el bronce quedó frío esperando justicia.
¡Testimonio, Helena, testimonio!
Y es noche ya profunda y el fuego seco y lento cubre la ciudad
y un remachar agrio y vengativo de cordones llena todo.

CANTO XVII

Los dioses abandonan la altitorreada ciudad
entre las islas. Es triste, muy triste himnodiar cosas extrañas.
¡Venga la caña frigia para el canto y la danza de los sátiros
y cantemos y dancemos por la destrucción de Ilión
y las solemnes bodas en el Hades con máscaras moradas!

¡Una tea ardorosa para las bodas del caballo y el miedo!

¡Una tea suicida para el canto de las cosas extrañas!
Volverán los sombreros tejidos, los guantes y las plumas.
El Destino hace un hueco a cualquier hombre.
¡Alabanza digna del Noble Ditirambo!
¡Alabanza digna del Peán Ilustre!

La expedición que emprendemos, ¡Ay dioses!,
no dejará nuestros cuerpos sin libaciones en extranjera tierra,
no los dejará sin ropajes de viudas,
pelo cortado, ceniza en las cabezas dolientes,
sin llanto de hijos sobre el montón de piedras,
sobre la gris insignia de negras letras carcomidas.
No las dejarán.

¡Un pino flaco y alto señalará el sol a mediodía!
¿Y de las mujeres de Troya, qué? ¿Qué dicen los augurios?
Ni siquiera hubo un hombre de la paz tan proclamada y
querida
que violara sus carnes con música de triunfo.

¡Ah de la carne vieja extranjera y fracasada!
¡Ah de la carne con alabanza y amasada en harina!

Fracaso, terrible fracaso de la mujer que espera.
(El Emperador tuvo caprichos
y los causahabientes carecen de experiencia).

¡Destino! ¡Oh Destino!
¡El mármol enemigo sirvió para alabarte!
Destino: Signos en la arena.
Tirar de piedras blancas,
Tirar de piedras negras.
Los astros y las manchas. Destino.

Eso del Destino es pura farsa. ¡Eso se dice!
¡Destino! Ilion, Cartago, Numancia. Norte de la ciudad.
Hiroshima. Nagasaki. Guernica. ¡Cese ya la sangre!
Los astros señalaban el Destino.
No deciden, inclinan, dice el pensador.
Destino. La ciudad embala su tristeza
y guarda sus ropas de luto para mejor ocasión.
¿Qué desgracia fatal tocó con dedos fríos la muralla?
¿Cómo el Hado estrelló su cólera rompiente en esta isla?
¡Ah de nosotros cuando llegue el momento que señalan los
dioses,
cuando se cumplan las palabras marcadas en el ombligo del
mundo,
donde quedó enterrado el bastón del Primer Padre,
donde chocaron las águilas de Zeus, el que amontona nubes,
y congrega la vasta asamblea de los llamados justos.

¡Ay entonces, ay entonces de vosotros ménades de paz!
¡Ay cuándo, cuándo, ménades de paz con el tirso
en la mano y trajes festivos de duelo para el pueblo!

¡Ay de vosotros mutilados coribantes de otros tiempos
administrando empresas!
¡Ay de vosotros de mutiladas partes!

Y cada día crecen los furores menádicos
que piden panderetas asiáticas de otras voces de antes,
para alabar al Caballo de la Paz.
Y cada día se establece alcabala en los frutos del Censor,
y duros Cuestores al pie de graderías y columnas
calculan las monedas,
cuentan el espontáneo aporte arrebatado
al hombre de papel y de escritorio.
Es el juego de Remo con la muerte.

¡Salta la raya niño!
¡Tira la Chata!
¡Salta, que salta y salta,
salta y resbala!

¡Había tanto verdor junto a la Puerta de mi casa–tinaja
en el tiempo absoluto!
Entonces se nos dijo que el cangrejo hacía daño con leche.
¡Estásimo, canto y danza de la orquesta! ¡Pobre rito pagano!

El ejército aumenta sus enganches.
Crean nuevas condecoraciones y colores.
Nuevos laureles dorados en las gorras.
Nuevo esplendor siniestro en las espadas.

¡Tanto verdor había en mi casa–tinaja
en el tiempo absoluto!

Y alguien, sí, alguien, quizás Pedro la piedra o Juan, la puerta

mintieron al decir: “La Ciudad. La Peste. El Vaticinio”.

Y Domingo, día del sol, el del perro de fuego, mintió,
cuando usaron su nombre.

Y Pablo, Saulo, el escritor de cartas a todos los hombres de la
tierra:

Címbalo que retine si no tengo caridad.

En tanto yo señor y tu pueblo santo.

¡Oh, la terrible verdad del mito!,

¡Salta la raya niño!

¡Tira la chata!

¡Salta que salta

y salta salta y resbala!

Y el hombre ya lo dijo en la primera entrada
conocida:

“Doy torpe el primer paso en mi andar en la tierra”

Y ¡ay de la ciudad! ¡ay del Pueblo y el Templo!

Y ¡ay de mi!

Aquí chocó la piedra en la cabeza en la muralla sur.

¡Salta la raya, piedra!

¡Sáltala, chata!

¡Lánzala tú, soldado,

a ver si matas!

CANTO XVIII

El terrible y duro golpe del final,
el cerrarse o caer de la cortina o telón
suena distinto en cada cabeza pensada,
en las de arriba,
en las de abajo
en las del medio,
suena distinto en cada cabeza el terrible golpe al final.

Suplicantes, parsimoniosamente suplicantes,
con flores y dones de apaciguamiento,
en el incierto punto donde chocaron águilas y rayos
donde marcó la duda el bastón del Primer Padre,
donde se produjo el ayuntamiento de la tierra y el cielo,
y las bodas movibles de las aguas
cuando las colas de los peces no marcaban presagios
ni decían nada las estrellas,
aquí donde la tosca cabeza de David pernoctó con la Sibila
—¡Oh la Pitia en cuatro patas presagiando!—
Somos territorio agorero de sombras, no de años
sentados en la piedra de la injuria.
Yo ciego que arranqué mis ojos
cuando el búho se posó en la rota tinaja con el agua,
¡Había tanto cómodo verdor sin esta isla
pero el jarro me sacó de ese fresco reposo!

¿Por qué sentarme pues en esta piedra? Yo, protesto.
Homenaje terrible de la tierra y el agua,
que hace barro y sepulta, miedo.
Y la voz en la gruta que presagia, miedo,

y el olivo y la lana en vellón, que dicen miedo
y los torcidos ojos del dios de los presagios que dicen
inseguridad, que es miedo.
¡Que malo es ser solemne en estos días, y eso también es
miedo;

Sobre el altar de las revelaciones, a las Siete Iglesias principales:
el cuchillo aguza su temor sobre el triste cordero.
¡Siete sellos me libren de ese miedo!

“De la saeta voladora
de la pestilencia que anda en la mañana
y la tarde
del látigo broncíneo que arroja a los
opuestos al Procónsul electo,
del cerrado recinto, que me libren, que me
libren del miedo”

Y así, Helena este presagio después que pasaron tantas cosas,
y te pregunto ¡Oh diosa de los ambiguos ojos! ¿Por qué acallar
con furia irresponsable tanta barriga floja?
¡Oh campanas, sonad! ¡Tiempo y cañones vuestro bronce!
Está negro el rostro. Tú duermes a mi lado,
mi hijo junto a ti cual pequeña matita.
Pero el pecho está negro. Esta negra la luz y esta
negro, ¡Oh desgracia! el corazón.

CANTO XIX

¡Evoi, Evoi, Evoi!

¿Sera esta la roca del desastre?

¡Evoi!

¿Será ésta?

El osario de Ezequiel cuando lo sopla el nuevo viento
levanta polvo triste para el pueblo
que se mete en los ojos de los hombres
y empaña y ennegrece la pupila y es vida-vida-muerte sola.

¡Evoi!

Piel de ciervo. Hiedra y Tírso y el traje adecuado.
Las altas mujeres danzaron con la crápula por paz.
Resucitan privilegios y disturbios,
viejas señales, mandíbulas con dientes amarillos,
cráneos con suturas, Puerto Arturo, Verdún
inmensa variedad del osario de Ezequiel.
Plateas, Maratón, Salamina, Dunkerke, Luperón,
Constanza, Maimón, Estero Hondo,
San Carlos, Ciudad Nueva, Santa Bárbara, Villa,
la triste villa de las hambres pobres.

Limpieza en el Norte y en el Sur.

Limpieza que amontona, cadáveres y presos

Y el letrero en la tumba que decía:

Yo era lo que tú eres.

Tú serás lo que ahora soy.

Duro golpe defensivo igual que en Oriente a los intrusos.

¿Y después de esto qué, Helena? ¿Qué, después?
¿Mariposas y balas en la entrada del cerco como en Junio?
¿1965?
¿Morteros por dos días, lo mismo en el ombligo que en el
pecho?
Golpe duro y destino con el golpe. ¡El Golpe!
 ¿Dónde pues, Helena, comienza el golpe y donde
 acaba el fin–principio–tiempo?
Un hueso forma solo todo un cuerpo.

Yo era lo que tú eres:
Tú serás lo que ahora soy.

En la arena fue fácil, vino luego la mar
y todo lo que anda bajo ella.
Vino después la lluvia, grito y mojada luz en las calzadas
y el barrio, Helena, el barrio al cual nunca miraste,
que por tí se ensució de sangre y de basura,
que por tí vistió luto,
cortó su pelo y puso ceniza en su cabeza
fue un jolgorio de voces y rumores,
un cambiar de puertas y mujeres:
Tuétanos de denuncia y desespero.
(Doríferos transportan al muñeco en movable libélula:
Inauguraciones en el Este, en el Oeste, en el Norte y el Sur).

¡Corta la cinta niño,
juega tu juego
corta que corta y corta,
hasta más luego!

¡Evoi!, ¡Evoi!, ¡Evoi!
La cinta fue cortada por la muerte.
Allá donde voy todo es distinto.

Sota, Caballo y Rey
y corta la cinta niño,
corta tu ombligo
corta el cordón mugriento,
llega el domingo.

¡Evoi!, ¡Evoi!, ¡Evoi!

Es tan duro el espejo en la mañana.
Ponemos el jabón sobre la corta barba.
Apretamos el cuello, la corbata:
¡Que el nudo sea perfecto!: Nuevo día
que inicia una jornada con la muerte:
Cotidiana la frase, no precisa
como la Sota, el Caballo y el Rey
o la luz ante el espejo.
Casandra presagio y no la oyeron,
no entendieron sus voces cuando habló de gallinas
de los cortados cuellos, de la red de pescar,
de la trampa en el baño,
igual que la Sota, el Caballo, el Rey, el espejo y la luz
en la puerta redonda de mi casa-tinaja.

El yo espejo que es tú espejo. Espejo

Luz y Sota y Caballo y Rey.

Y después de las inauguraciones Helena, tú lo sabes, viene Ella
vestida con los trajes más variados...

Y queando las voces de otra parte marcharon
los jóvenes espada-a-pie-firmes.

Rasgan las madres sus húmedos vestidos.

¡Cuánto brincan los dioses sobre esta joven carne no culpable!

¡Que el Treno presida a los que marchan!

No es maldición la frase, es el destino.

Triste canción sería el optimismo
cuando el espejo dijo: Yo tú eres.

¿Qué nos separa, Helena de las cosas?
No es cuestión de la fe o la vergüenza.
Es la movible solución del todo cambia.
Es el fuerte baluarte levantado
amarillo y preciso, certero y arbitrario
y el paje de la muerte vestido color kaki o azul gris
que enamora a la oscura sirvienta en el crepúsculo
a la puerta de casa
y que está dispuesto a darte un laberinto,
unos metros de tierra hacia bajo,
por una raya más bajo sus hombros
como un botón siniestro en su bragueta
de equivocado macho corpulento.

CANTO XX

Odia con tiempo y calma, no con bulla.
No pongas tu lengua en las esquinas:
El miedo es fatal para los puros aquí en Santo Domingo.

La oscura, turbia ciudad de los misterios
fue edificada ayer en otro lado
¿Dónde estará después?
¿Vendrá a estar en un sitio después de tantos
chismes, intrigas, decires, rebeliones:
Isabela. Xaraguá. Guaba y las primeras destrucciones
preludios de otras fuerzas
llegadas con la Hierba de Guinea.

¡Perfecto alimento del ganado!...?
No manadas. ¡Hordas! Palabras discriminatorias
en el ciclo en que estamos,
¡Buscaban subsistir como cualquiera!
¿Quién tuvo la culpa en esos días?
Resiste Santa Bárbara. Resistió París con Genoveva,
Juan Barón enterrado no sé dónde.

Resistió Santiago mucho tiempo.
Resistió Ciudad Nueva.
No siempre son los mismos los que sitian.

Me dijeron un día creo que fue un viejo maestro o profesor,
que antes de hacer el monumento de mármol en la Catedral
se encontró el cadáver de un niño vestido de rosado:

¡San Rafael Arcángel! dijo el pueblo,
El que todo lo cura. ¡El del Pescado!

No era Juan Barón el resistente blanco,
producto de una clase, y como tal luchaba.
Fue un niño vestido de rosado.
Fue un niño conservado de la muerte,
Fue un ángel no un arcángel.

¡Arcángeles y ángeles!
¡Tronos, Dominaciones! ¡Potestades! ¡Toda la milicia celeste!
¡En cualquier parte Ejércitos! ¡Maldición!
¡Dura palabra!
No me gusta decirla desde niño.
Me lo enseñó mi padre lo poco que duró como él.
Vivió ochenta años y unos días después
que mi hijo vino al mundo:
Ahora tengo treinta y tantos.
¿Y dónde está Juan Barón y qué es un héroe?

¡Esto es verdad privada!

¡Evoi o Evohé! Busqué en el diccionario:
Grito de invocación de las Bacantes.

Las muchachadas del Este celebran el triunfo de su equipo.
Estoy poco solemne en esta tarde.
¿Debo mentir, acaso?: ¡Tengo miedo!
¿Cuál será la razón de escribir mejor al mediodía
cuando el sol pega fuerte en el ombligo?
¿Quién me entiende?
Tengo tanto temor de:

“Corta la cinta niño
y lanza la piedra tú”

Tú, pueblo que aspiras a soldado
que jugaste tanto a eso y que quedaste solo
cuando un hueco se abrió para tu vida..

¡Venga el Tren y la voz suene solemne:

Odia con tiempo y calma, no con bulla.
No pongas tu lengua en las esquinas.
El ruido es fatal para los puros.
Aquí en Santo Domingo es casi Ilión o Troya.

Los escolares vestidos de amarillo hacen libertad
con las palmadas.
¿Qué vendrá después?
Ya pasó lo mismo y fue un engaño.

Yo pecador confieso a Dios Todopoderoso...
y Tu pueblo se alegrará en ti...

¡Qué difícil ser alegre en estos días!
El incienso se quema. Las flores se marchitan.
La tierra de los muertos absorbe vino, leche, miel y agua...
Ofrendas con volantes en las esquinas peligrosas.
¡Que sea fácil la salida de la turbia envoltura!
Maldiciendo, maldiciendo, duermen los héroes de
las gestas de qué sé yo, no sé dónde.
Pesan la memoria y los huesos, las cenizas, los cuerpos sin loza
sobre esta difícil, triste, pobre tierra–piedra entre
aguas y seca–tierra–piedra con algunos adioses.

¡Ah este viento caliente de sur borró tantos nombres,
cuando alguien lanzó la piedra
considerándose al punto más valiente que otros!
“Puedes estar contento de mí en el Hades, Patroclo,
porque he cumplido con sangre.

Nada de flores,
nada de agua,
nada de vino,
nada de leche,
nada de miel,
nada de nada”...

¡Sólo el consumir del fuego los cadáveres de los hijos de Ilión!
¿Qué terrible sombra demanda tantas vidas?
¿Quién pide esta oblación con famélicas voces?
¿No hay cabras, ni flores, ni casabe con miel para
cambiar la joven carne señalada?

¡Ay Trigonolito de la Yuca! ¡Cuánta hambre!
El temor de los huracanes fue el pretexto,
era el destino de isla, solamente.

Grandes magos crearon estas cosas. Las dijeron
después, el vaso, la sentencia, el corolario,
los escritos demostrativos de sus voces rituales,
los signos de la harina y la ceniza,
la marca con semillas y huesos, los harapos, la taza, los granos
de maíz.

¡Escapa, hombre, escapa que la joven virgen trae las flores!
¡Ah este viento salobre del sur, tan caliente y que reseca la
carne!

Como buey en el establo, así pueblo tu voz.
Centinela atalayador sin memoria, mudo pueblo,
nada de fuego viste,
comentas lo que saben las paredes,
con las hormigas de las paredes, comentas
con las cucarachas de las paredes, comentas
con todo lo que conocen las paredes, comentas.

Y este decrepito coro de abuelos no se cansa de decir en voz
alta: ¡Prudencial

¡Cuánto añoran los inválidos sus piernas!
¡Como recelan de los que caminan y mueven sus miembros en
el aire!

Báculos y barbas: Prudencia–Tiempo.

Ayer no es hoy. Tiempo de la siembra y la cosecha.

Prudencia.

¡Ah terrible Calcas, interpreta!

Y la brillante espada vaciló frente al cuello de fascinante
agazapada belleza.

Y por eso cabe el soldado que salió alegre
en una caja pequeña que se manda a la madre o a la esposa
y se guarda en tierra organizada.

Verdún o Santo Domingo. La maldición de Atreo, pesa tanto.

Es el tiempo de la ola que va y el tiempo de la ola que viene,

la ola que se llevará los báculos donde se apoya

la intrepidez imprudente de los grandes.

Cajas con números y sellos para madre y esposa.

Terrible vacío de cuerpos para hijos.

Palmas. Dioses. Telégrafo. Señales.

Muerte y victoria después y después

muerte en el velo.

Cartago ya pasó, pasó su hora,
pasó Numancia y después pasaron otras.
Arde Santo Domingo desde adentro
Para nada sirve la estrella en la frente que miró la madrina.
Era mancha de madre por las frutas pensadas.

Odia con tiempo y calma no con bulla.
Dura palabra el odio necesario, duro decirlo a gritos,
es torpe esconderlo en las axilas,
humillarse a los muchos en apoyo de uno,
y ocultar bajo la piel el terrible odio que se apoya en sonrisas,
para mantener las posiciones que escogimos,
las piedras que cabildeamos al destino,
los sitios que ocupamos en este turbio desespero,
cuando nos aferramos a una mentira,
como a una aldaba fría,
como a la fe que pusimos cuando guardamos un diente
esperando a los ratones,
o cruzamos los zapatos para no ver en la noche
oscura, imperturbable,
la terrible y temblorosa Marimanta.

Y odiamos en silencio, colocamos cada pie en las esquinas
necesarias
buscando la paja en el ojo odiado
gozándonos en descubrir la irritada pupila, la mojada pestaña
del que abrazamos cordial con Buenos Días solemnes y
llamamos amigo
y hasta hermano, con temblorosa, enconada, oculta voz.

Es el tiempo de la ola que va y de la ola que viene.

¿Cuál ola vendrá?

¿Cuál ola se irá en este tiempo breve de la ola?

Y detrás del odio, el compromiso ciego,
la terrible atadura confusa que posee honor viril,
cumplimiento terrible de promesa. ¡Destino!

Estamos en la rueda, en el comienzo de otro punto vernal.
Capricornio. Tauro. Pescado, cogido de mañana temprana.

Escasez de agua en la Cuaresma.
Punto vernal y olas. Destino olas.
Y romperse duro de las olas
en el terrible tiempo de la espuma.
Los muchachos dirigen regimientos.
Doce años tuvo él y venció a los Levitas.
Gobierna la ignorancia disfrazada de espera
que vaya yo a la pelota de la ola y de la espuma.
Cuando suban después que sea padre colmaré mi decir y serás
tú.
Y el tiempo ola que dice: ¡Hola!
Casandra presagiando inútilmente.

¡Venga la voz del Treno!
Bajemos hasta el Hades.
¡Ah Patroclo, no lloré por ti, maté doncellas y donceles.

Sangre cubre la sangre desde fuera hasta dentro.
Hablaron los colmillos a pesar de los frenos,
las herradas patas dejaron su reposo de levantarse
un momento por las moscas, analizaron su relinchos muchas
cosas,
¡Oh el caballo de Aquiles presagiando la muerte del Imperio!

¿Patroclo qué de ti en el Hades?

Ultrajaré el cadáver de quien aún vive, y eso es odio.
¡Juro el odio de mi piel sobre tu nombre,
sobre esa palabra fría que no oyes!

Y así fue:
Casandra presagiaba y nadie le creía.

Y la ola de ese tiempo no se ve
y nadie cree en la ola que se rompe
y que es tiempo también.

CANTO XXI

¿Y el reposo Casandra, cuándo llega? ¡Perdonad!
No te pregunto a ti, Helena equivocada,
sino a aquella que conoce a los muertos que van llegando poco
a poco.

“Nadie oye mi voz. Es voz de dioses.
Presagio de espanto en la misma tierra,
cruel aviso en el tedio morado de la tarde,
susurro suave en el jarro azul estrella de la noche”

“Nadie oye mi voz,..
Nadie la oye”...

“Y solo tuve un sueño cuando ofrecí mi amor,
no cumplí mi voz cuando era eco
y ahora tejo botitas para los niños muertos
y nadie cree en los niños por venir”.
¡Oh pereza de oídos para mi voz cansada:
Y canto, sólo, canto:
Trenza tu muerte pueblo. Teje tu lana.
Teje que teje y tele...
¡Despierta! ¡Gana!
¡Lucha! ¡Gana!

CANTO XXII

Esta tarde. Hora fuerte. Tarde recién nacida.
Fuerte azul. Blanco de nubes, casi algodón y brisa.
Un duro olor a jabón fabricándose llegó,
y con él mi infancia, toda de golpe,
toda imprevista,
asechándome alevosa
en cualquier esquina del viento
de mi actual edad...
Cortábamos grandes teleras de jabón
para tener el precio de la entrada a la “Serie” en esos días.

Peleando contra Kit Carson...
Él es un macho
y lo soy yo...

En el parabrisas, prisionera mariposa
aleteaba impedida de aire por el vidrio.
Frente a mí, la montaña. Cadena más que una.
Yo en la tarde incipiente:
Terrible afirmación en lo huidizo hacia atrás,
en el seguir conduciendo contra el viento y el sol,
hacia el presente que voy dejando muerto,
ya recuerdos, a unos calientes pasos a mi espalda.
La memoria lejana. La mariposa guardada con cuidado para
Marcos, mi hijo...
cuando se la entregué como un triste trofeo
voló dejando un polvillo placeado y pegajoso
en el recién vitaminado y orinado pañal.
Lloró. Lloró tal vez. porque peleé contra Kit Carson.

Porque corté el jabón por divertirme... Cinco centavos y un
regañó
me produjo esa gracia.
Había que aparentar que no teníamos necesidad.
Mientras tanto mi hermana se vestía con las ropas de otras,
arregladas,
mi libro Eladio Homs era heredado y a Bernardo Pichardo, ya
difunto, no le cabían más encuadernaciones en su gastado
cuerpo:
Percalina marrón simulando muertas, pegadas mariposas de luz
en una oscura lámpara...
muertas mariposas como las palabras de ese libro viejo
que pasó de una postiza tía vecinal
por las manos de mis hermanos, hasta mí.

Procedimiento de Pedro Florentino: Todo lo español
desaparezca.
Yo pensaba en mi abuelo, el de Segovia a quien no conocí.
Restauración de la República. Capotillo.
Restaurar lo apenas construido, lo apenas sostenido y
traicionado.
–Hoy es la lucha del Hato y el Comercio–
Pero jamás, jamás Helena
la limpia juventud tomó el poder.

Gerusía. Senex. Senectud. Senado.
Sólo las canas y el fracaso dan derecho a consejos.
Digo, Helena, que jamás la juventud tomó el poder
y digo joven, Helena, juventud, no de edad,
no de cuerpos, ni fechas,
digo joven de actos absolutos
no de imitar slogans:
“Abajo Troya o Esparta
o viva el cornudo luminoso Menelao”.

Y esta tarde con olor a pascua próxima,
pienso de nuevo en ti,
y pienso en el instante preciso, detallado
cuando empecé a cantarte...

Era el 1960 y algo más.
Medido y consumido día lejano,
día como algo roto, abandonado,
dejado a un lado sin sorpresa alguna,
como algo que se quiebra de repente,
algo que no era de nosotros
sino una trampa de Dios
para retenernos un poco,
un inestable instante, tan sólo,
en este duro mundo.

Como algo que no era de nosotros, el tiempo...
algo prestado por la vida en el certero,
 huidizo tiempo,
esta tarde ha dejado de caer sobre la piedra
la antigua gota de agua.

CANTO XXIII

Estamos tan cansados de Dios y de sus trucos
tan apestados por sus trampas rezadoras,
tan avergonzados de doblar la rodilla inútilmente
ante Casandra barajando
viejos, grasientos naipes españoles,
ante sus huesosos dados arreglados
para caer seis cuando deben ser cinco,
para hacer carabina los que mandan.
Cansados de meter de nuevo los dados
para el golpe final en el cambumbo
y decir: Destino, Kharma, Imprevisión,
Raza, Costumbre, Isla.
Espacio para un sello de carne
que no existe en la apretada letra del apóstol,
el más joven y oscuro de los doce.

Casi al borde de tu sitiada ventana
suena sorda una guitarra, Helena.
Cornudo Menelao te provoca,
viene el sonido del argivo campo.
No escuches su lamento que es la muerte
prometiéndote perdón para la afrenta.
Ofreciéndote comprarte más azúcar,
invitando a tus hijas para un baile de Sátiros.

Crónica. Himno de amor de isla.
–Pidamos prestado al extranjero de enfrente.
Valdría la pena vivir esa experiencia–
–¿Qué quieres?– –¡Unos muebles!–

¿Fue por juventud? Por comprar cosas permanentes?
¿Para qué hubiera algo en el Tesoro Público
y luego engordar con inocentes manos
nuestro propio ganado?
¡Helena fue el pretexto, solamente!
Señalaba el mapa antiguo: Situación privilegiada.
Metales y ganado. Buena cosecha cuando llueve.
Verde hermoso e hiriente todo el año
como en Andalucía por abril.
Bahía de descanso para una flota entera.

Puerto Napoleón no fue fundado.
Entregaron la base de cohetes
en ceremonia solemne, con banderas
cuando murió el capataz
y el ganado rompía las cercas opresoras.

Sólo eso pasó. Quedó la promesa
de la copra a mejor precio,
la posible salazón del pescado
para evitar salida de divisas,
los mismo» cayos verdes, vigilando,
las mismas radas y las redes mismas,
los mismos pescadores miseriosos.

¡Te perdono! ¡Vuelve! ¡Repitamos!
¿Y ahora en la profunda noche del cerrado verano
repentinamente me levanto a hacer qué?
¡Que terrible memoria!
Voy a colocar la mascarilla del héroe en su lugar.
Terrible mascarada el mostrar al sonido de trompetas,
con aparente respeto, con golpes de conciencia
y con flores las tristes y arrugadas mascarillas de bronce de los
héroes.

¿Dónde, dónde cruel Helena,
dulce diosa de los suaves ojos,
dónde encontrar cabazón a lo que he dicho?
Cada año pare la hembra,
aumenta la cazurria en el Estado,
bajo un finísimo polvo, los huesos aguardando
la mirada, puente entre la vida y la muerte...

¿Quién lo cruza?

Diente. Mordida. Muela. Trituración. Masticación.
Deglución. Digestión, Defecación:
Sobrante del exceso mandado puritanamente,
virtuosamente, caritativamente
para abonar la pobre, digerida tierra de América.
¡Maíz y yuca América!
-No es buen abono. Solamente pobres carbohidratos.
¡Cero valor proteínico!
-¿Minerales?
-Los absorbidos en el agua sucia de la charca.
-¿Nombre?- María, Mercedes, Concepción o apodos.
-¿Apellidos?- Rodríguez cualquier cosa.
-¡Pongamos una cruz entonces!
-¡No se escribir pero cristiana soy!
-Eso me basta!

Cassandra presagiara inútilmente
con tu voz cascada de soltera triste:

“Veo una isla! ¡Varias islas!
¿Serán acaso la las, lo que veo?
El cocodrilo verde levanta primero la cabeza.
Se mueve la tortuga lenta y divide.
Una cómoda chinche,

higiénica ínsula chinche,
chincha, que decimos,
se asombra con el juego, y se estremece.

CANTO XXIV

Ciega como un pueblo al cual le han corrompido el corazón,
Casandra se vira en este juego
donde no juegan todos,
y rompe las barajas...
Y después de rotos los naipes,
incompletos los dados,
pesa sobre nosotros el tiempo,
el de la discusión, de la devoción obstinada,
de la cansada fornicación no productiva,
el tiempo del manto y la cogulla
el de sagrado libro con escasos consejos sobre la siembra y la
recolección.

Tiempo que, por aparentemente largo nos distrae,
como huidiza oportunidad que se Sospecha más vasta.

¿Oscurecen tus ojos ante esa luz insólita y cambiante?
En la maja Sevilla, notas y notas en amarillos papeles.
Listas de negros. Llegaron en montón para las minas.
Tenían, pienso, un derecho a este sol y a un mejor aire,
“Culpas del tiempo son”... ¡Que terrible pretexto!
Valor de cueros puestos en puerto hábil de acuerdo a cédulas
reales.
Valor de fincas de jengibre. Cañafístolas. Cero minas.
Cero oro. Cero plata. El azufre no vale que se pierda.
Cero. Cero.
¿Por qué, sí por qué: en Ilión buscamos cuenta y razón de todo
y no vemos a Dios y sus designios en el cerrado cero?

Cero cerrado, amurallado.

Y así, hoy todos sentados. Todos quietos, minerales
casi levantarse apenas de los torsos
en el terso aire violeta de la tarde.

Todos una piedra que al rodar toca lo sagrado por
momentos leves,

como las vidas de las mariposas amarillas este
fuerte verano

después de la gran sequía prolongada de Cuaresma
cuando comenzaron las cortas lluvias como una
escasa recompensa a la canícula

y floreció el guayabo y maduró su fruta
y surgieron del centro de todas los gusanos
que se entregaron al azar de unas alas por nacer
hacia cualquier punto absoluto.

Todos sentados.

El pensamiento de todos en el círculo estrecho.
Sólo aire oscuro y escaso entre las piernas cruzadas
de unos y de otros.

Todos sentados. Todos por romper la fontanela,
perdimos la visión con la palabra
y por ella tenemos que volver
al primer sello cerrado
por los muchos días respirando.

Y hoy, temprano, la noticia.

De golpe como el puro aire de la loma al abrirse
la puerta.

Si, Helena, si, no lo dudes, fue el Oso,
el simpático Oso de hace años,
el gran Oso blanco de mi infancia,
con su hoz y su estrella tatuadas en el vientre,
con sus bigotes lacios y su pipa,

con su gorra arrugada,
quien metió con tanta fuerza la pata en la esperanza
tal como metió Chamberlain la punta del paraguas oscuro
en la taza de los huevos cocidos con sal allá en Munich.

¿Comenzarán de nuevo los repartos?

Hécuba para Odiseo,
Andrómaca, con luto por su hijo muerto.
—Castración de la casta de Príamo sobre el dorado escudo—,
para alguien.
Casandra para el más grande de los hijos de Atreo.
Los industriales ocultos de Argos, de Esparta y de Micenas
marcarán en sus cuadros un aumento
de flechas y de escudos, de llaves de la muerte.

Fragmentaria esta nota vigesimocuarta.
Al segundo años y unos meses de la entrada del
Caballo en Ilión. En los comienzos del Prefectus Urbis,
cuando los Ediles Curules recién juramentados
pusieron en vigor los nuevos juegos de la plebe,
la entretención al hambre aquí en Santo Domingo,
casi Ilión o Troya.

¡Testimonio, Helena, ¡Testimonio!

Nos sentimos todos sin calidad en la posible protesta.
Gritan altoparlantes, suenan sirenas y faltan noticias.
De nuevo como una herida calculada: ¡Faltan noticias!
¡Los llamaron!
San Isidro clamó en su pequeño huerto de alambres y fusiles
por la lluvia de plata
y llovieron verdes, terribles Infantes sobre Ilión
Santo— Domingo—penas.

Alguien los llamó. No van si no los llaman a
ningún punto de la tierra.
UPI y AP, siempre dicen lo mismo las muy falsas.
Yo no lo alcance, pero debió ser interesante ver a Reuter
Jugando con las nubes, el viento y las palomas.
En la rojita pata pequeñita y nerviosa:
Un pequeño papel con doce sílabas:
Aquí Santo Domingo: Junta Militar.
“Los llamaron” UPI-AP.
Pronunciamientos UPI-AP.

Metralla: Sólo el pueblo.
Silencio UPI y AP.
¡Aquí Santo Domingo! Junta .Militar.

Dos gobiernos al mismo tiempo marcan pautas.
Tradicón, profunda tradición, aquí en Santo Domingo.

Y ahora, hoy, ¿Cómo protestar por los Marines?
Ejército Internacional. Doctrinas de Washington.
Monroe.
Pacto de Varsovia. ¡Cualquier cosa!
¡Dura la realidad amarga del pequeño!

–No alcanzo el alféizar, Helena,
no puedo ver la luz por la ventana–,

–Dramatismo, muchacho, dramatismo,
siempre te llegará un centavo de luz para tus ojos.
Gilgamesh se entendió con Enkidu
que fue creado fuerte como él.

Lloró cuando murió su compañero
asustado por tanta libertad
frente al umbral del encontrarse fuerte y
solo con la Muerte.

CANTO XXV

Varias veces por las noches estornudo
y entre estornudo y “salud” de mi esposa
y ¡Dios, te guarde! de los demás que me rodean
leo un poema del otro que yo fui.
Y me pregunto: ¿Cuándo podrá este alérgeno aire
dejarme decir lo que yo quiero?
Y entonces pienso que es el incienso de la meditación,
pero recuerdo que en la mañana me hace daño la leche...
Y consulto sobre los alimentos comidos ayer...
Y todos los días lo mismo como si hubiera estado en una fiesta
donde bebí mucho alcohol
y como primera cosa al despertar
debo preguntar a la almohada,
como si hubiera estado en la fiesta conmigo:

¿Qué hice?

Y pienso: Porque tomé Ginebra: Por eso fue.
Producto del Enebro,
y eso daña la memoria.
Me enteré de ese decir un Jueves Santo.
Casandra desvariaba entre jardines ese día.

“Vete a la misa niño,
no suena la campana
porque el Señor murió de pena
esta mañana”.

Pie quebrado. Medida. Versos. Punto.
Casandra juega solitarios en la torre.
Torre del Homenaje: Fortaleza Ozama. 1946.
Presos políticos a la izquierda. “Revisen la cantina,
dejen que los muchachos vayan al Cine Militar,
que aprendan las cosas buenas que nos regala el Jefe
a los que estamos con él”.

La vieja más allá de la Catedral
tiraba la suerte con el Tarot.
–“Prefiero las barajas españolas,
esto es muy complicado.
¡Mira, niña, tápame ese espejo,
se me corta el fluido! Doña Eustaquia,
usted perdone. ¡Ay qué cosa! ¡Que terrible!
Fracasará el movimiento, usted perdone.
Pero vendrá un indulto en las Mercedes.
A su hijo que se asile cuando salga, es lo mejor.
Usted comprenderá no soy mala decidora.
Yo digo la verdad. Las barajas lo marcan”

Superstición e Impotencia corrían parejas por entonces.

Todo cerrado. Expiración y parto: Salidas.
Besos, despedida. Jungla de cariños.

Doña Eustaquia siguió con la taza y las barajas.
También seguía el Jefe en el poder.
Casandra veía entonces muchas cosas que ahora yo no veo,
no tengo las barajas, no cubro los espejos por los rayos.
Estamos y somos. Diferencia de verbos y de idiomas. Punto,
como un anuncio que tomó la frase del decir del
Pueblo. Y Punto. Punto es final y esto es lo terrible.
El cierre de la posibilidad, el punto punto.

Doña Eustaquia es su nombre, aún no ha muerto.
Esperaba la muerte de Trujillo para morir en paz.
Buscaba en las barajas la libertad del hijo.
Fortaleza Ozama 1947 y siguió después.
Pasaron las Mercedes, las Pascuas, los indultos.
Nada dijo el periódico del día
donde buscó afanosa
el nombre de su hijo.

Doña Eustaquia esperó.

“Freddy Valdez trasladado a otra prisión” –le dijeron.
Cayo Confite. Esperar la llegada de lo que cierre un punto.
Y vino Luperón.

Después pasaron tantas cosas.

Antes Freddy Valdez bajó al pueblo de Villa
aquella noche de octubre
cantando la Miseria,
era la primera vez que la miseria
se gritaba en medio de la plaza principal.
Todo el mundo conocía a la miseria
y sabía que ella estaba acabando con todo
desde el triste conuco
hasta la casa grande,
pero el mundo ocultaba aquel conocimiento,
se hablaba de ella en voz baja,
se la disimulaba con sonrisas falsas,
pero algunos jóvenes gritaron la miseria aquella noche
en medio de la plaza principal.
Y en Denver, Colorado, 1968 ,

frente a las Montañas Rocosas, congeladas,
pienso en la Torre del Homenaje y en Casandra.
Estornudo de nuevo y nadie me dice ¡Salud!
Estoy tan solo como el hijo de Doña Eustaquia,
doña María o Amparo, doña cualquier cosa,
o cualquier hijo
encerrado en esa torre,
o en cualquier prisión injusta
de este mundo
de Doctrina de Monroe con cañones.

Nunca, nunca se afirmó tanto la palabra con el plomo.
América de abajo, Ilión, Cartago, para el más fuerte en el reparto,
para el que tenga más cañones.
Casandra pone en jaque mate a la esperanza.

CANTO XXVI

No es salida a la tarde esta ternura.
El crepúsculo lento se disuelve
en pedazos con la tarde obsoleta.
Ya noche, nada queda de luz. Sombras
tan sólo cubren la esperanza, y el mañana
–nueva pregunta formándose al acaso–
aguarda en cada esquina
diciéndonos: “Espera a la que llega”
o “Despiértame pronto que te espero”.

Vamos hacia más aguardos con la noche
ya cerrada, ya ánimas, ya sueños y campanas,
ya dar cuerda al reloj y sacudir insectos
diciéndonos: ¡Mañana estaremos mejor!

¿Qué sucede hoy que fuera espera ayer
cuando vuelve la tarde de nuevo
a tocar su corneta con los mismos colores ya pasados?
Viene el polvo, el final con su ansia
de cerrada oficina: Posibilidad de cero burocrático.
Y el aguardar de nuevo. Despertar
la confianza en el mañana incierto
que en la noche se sueña con delicia.

Punto negro, la noche, se hace hueco de espera.
Socavar en el aire un mañana que fue seguro ayer,
que hoy se repite sin memoria lenta
con arena, con sol y con agujas,
sin rápido adivino de qué es esto.

Y saber. Saber: Punto preciso.
Es mejor recordar que es lo que hacemos.

Jaragua o Xaraguá, ¿Dónde te has ido?
¿Dónde cruel Isabela, principio de miseria,
causa de rebeliones, contradicción de chozas con la piedra,
mudada por el oro y el presagio
de un mañana y un mar?
¿Dónde Puerto Napoleón, tan sólo sueño
en la abierta bahía que aún espera?
¿Dónde, dónde Esperanza está tu franja verde?

¿Dónde Bayajá y Yaguana,
dónde la rica banda de contrabandería,
dónde la palabra de Dios decida de otra
forma más precisa entregada a los puertos?
¿Dónde la ayuda esperada
para la rebelión?

¿Dónde tantas cosas que no llegaron nunca:
El Situado, la invasión precisa triunfadora,
no la trampa en la playa,
el abandono moral de los valientes por el pueblo un poco antes
que sus pies tocaran las húmedas arenas?

Entonces era el miedo la consigna o el pretexto.
Yo vi sonreír ante la muerte, contentos, a los héroes de hoy.

También vi los bares llenos de nefastas celebraciones
mientras en la juntura de la tierra y el mar
asechaba la muerte, pujando, subastando,
la joven carne que llegaba guerrera.
Contra todo el nuevo aire que llegaba,
yo escuché la risa putrefacta de los que gritaban paz.

No es salida, no. El pueblo que era mamoncillo hace tiempo
dejó las tetas lúbricas de la aparente seguridad.
La leche de la Paz está cortada.
Y la Paz hiede a muertos escondidos
y a muertos por venir.

CANTO XXVII

Para finalizar este período diré que exigía nuestro tiempo
un gesto apresurado,
dejar de cualquier manera el Testimonio
después elaborar las frases,
poner fuertes los acentos,
buscar las precisiones.

No tuvimos ventajas ni salidas los que aquí nos quedamos.
No queremos decir con esto
que aquellos que tuvieron la suerte o la desgracia de partir
estuvieran mejor,
Sólo dijimos nuestras cosas del mejor modo que pudimos
Sólo como aprendimos a decirlas, dolorosamente.

Esto es Cuenta y Razón de aquellos días.
Tal vez presagios de otros por venir.
Muchas veces, tantas veces,
fue preciso encerrar en el símbolo la verdad angustiada,
ocultar la realidad con la metáfora,
la certidumbre con el idioma poco natural.
Era imposible ser directo por entonces.

Y si no, decidme,
¿Quién gritó lo que pensaba en medio de la plaza?
Sólo los locos según cuentan las consejas
o los muy valientes...
Más ¿Cuántos fueron éstos?

Sin embargo os puedo asegurar
que nadie ignora al mundo en torno suyo
que giraba y giraba
y que en cada girar
algo nuevo traía
y decía con certeza que se acercaba un fin,
tal vez no el deseable,
pero por el momento era un final
que podía ser un punto de partida
para cosas mejores.

Ningún fracaso es fracaso completo
pues siempre queda la posibilidad
de lucha para el cambio,
la experiencia para empezar de nuevo con mayores bríos.
Era un momento, pienso, de dar el Testimonio.

—¡Cantor, canta tu canción
o los insectos duros se comerán tus ojos!—
Era el tiempo que corre de la ola
y es el tiempo de la ola que se rompe con brisa,
y será el tiempo de la ola que ya crece y se encresta.

“Tu corteza Isla es suave como el viento fresco de la loma
Tu ombligo es un centro Misterioso de Poder.
Y eres... eres extraña Isla, rompes todos los libros de
presagios.

Eres extraña Isla como una noche no conocida por nosotros,
como un alfabeto raro,
como un signo impreciso que trazara un niño en el aire
en el instante mismo de dormirse”

¡Fue así!
Nuestra lengua fue gastada, maltratada

buscando raras fórmulas en ella.
Maneras de decir a muchos la Justicia,
la Equidad, el Bien Social, el Perfecto Evangelio.
Por entonces muchos héroes y jueces de hoy
miraban con brillantez las charreteras,
aplaudían con fuerza los desfiles,
las blasfemias en nombre de la Patria–Hombre.

Y me pregunto a veces...
¿Eran menores o mayores de edad?
¿Era ignorancia joven o eco del miedo de los padres?
El miedo era la Palabra de Pase para seguir viviendo,
–válida excusa sagrada para vivir después–
Pero, ¿cómo quitar el miedo de la vida?
De pequeños el Cuco, Coco o Marimanta,
de grandes o mayores la Seguridad,
la permanencia en la tierra.
Llegan los hijos y se piensa en el futuro...

Esto no es canto a la cobardía, Helena,
es aberración, escupitajo a la desconfianza
que desde hace tiempo
ha gozado de la cama y de la mesa entre nosotros,
que goza del fogón, de la mesa y de la cama,
y que es fomentada y mantenida
entre nosotros, no, Nos–Otros
sino Nosotros–Ellos
que somos unos
y Ella ha dejado su más oscura
agria y cruel
Bandera de Poder
entre nosotros–unos–uno.

Sin embargo Helena, yo confié.
Tú confías, lo sé,
y Él, pequeño y grande como es,
desamparado, áspero, valiente:
Pueblo poblado población aldea
país nación o mundo gentes hombres y mujeres
todos unos,
desde su gruta verde de esperanza y aguardos,
desde su gris hueco de miseria y respiro,
desde su estrecha grieta de seguir viviendo...
también confía...
Y Nosotros todos confiamos
aunque Vosotros, los de arriba,
os preguntéis: ¿En qué?...
Y ellos, los de siempre,
silenciosa, hosca, duramente
a nuestro fuerte confiar le tienen miedo.

Poemas con propósitos concretos.
¡Qué el símbolo sea como el tambor o la caña
que acompañan la danza peligrosa que comienza
y que estos cantos presagiaron!
–Vate, Vaticinio, Augur, Desastre,
Agorero, Provicero, Pronosticador
igual lechuza o brujo, Decidor de la Suerte
Behique, Chamán, Vatídico.
Decir lo que se intuye o se calcula.
Todo esto empezó después que el ángel quemó mis labios
con el tizón ardiente y dijo: ¡Calla!
“Con espíritu de humildad y corazón contrito...”
Era 1960 y algo más.
Y muchos años antes aprendimos a vivir...
Y ahora diez años después, a escribir una vez más. Año 1970
que ahora empieza.

Año I después de la pisada primera en la Luna.

Letra Dominical D.

Número áureo del ciclo lunar 14.

Ciclo lunar 19.

Indicción Romana 8.

Período Juliano 6682.

Período Dionisiano 299.

Ciclo Lunar Hebreo 11.

A los 1390 años de la Era Mahometana

y en el 5781 de la Era de Israel.

Cuatro –faltan meses este enero

de haber dejado los yankees–aqueos de confederadas Polis
y rubias guedejas

el caballo de las puertas sagradas

de Ilioón–Santo Domingo–Dominican Republic–Troya

Española–Hispaniola–Haití–Babeque–América,

concluyo este Canto XXVII

para finalizar este primer tropiezo de diez años

en este enero neblinoso de 1970 Anno Dómini: (A.D.)

Y el caballo

macho, pequeño macho, casi no macho

preñado de venganzas,

caballo frío de madera sin sexo,

nacido de la axila de la madre

con bridas a la antigua

usadas en este cambio continuo de la moda

que es como la ola que va y la ola que viene

y dice: soy la ola ¡Hola!,

soy la moda...

Y es toda una ola de sangre la que viene.

¡Ojalá! –palabra árabe– poder callar la muerte por el ángel,

pensar en mi seguridad...
Pero ¿Qué propósitos animan al nuevo dios
de Troya–Ilión–Santo Domingo?

No lo sabe, no,
ni la señora axila–útero–pobre–enferma tal vez
tomada por pretexto como Helena para entrar al país
cuando todos morían,
 (¿No hay en castellano
 –Castilla la Vieja,
 Castilla la Nueva: España–
 una manera de insultar
 que no implique a la madre,
 al sexo o a la propiedad privada?)

Restos del matriarcado... Hermanos Uterinos:
Prohibida la unión. Diferente ritmo de trabajo.
Nacimiento de la Propiedad.
¿Cómo decir Hijo de la Gran Puta sin que hiera a la madre?

Son más culpables ellos, los de arriba.
Construyeron el caballo conforme
a los planes de Odiseo...

 (Odiseo era aqueo como todos
 pero por su astucia parecía
 un comerciante fenicio
 y fue escogido,
 y era capaz de desarrollar una idea tan tenaz y tonta
 como la Alianza para el Progreso o el Plan Marshall
 ya finiquitado).

Es que después de tanta lluvia
resulta el paraguas regalado la ironía...

Y recuerdo, entonces Helena
la medieval sentencia
encontrada en la tumba
de los muertos del Norte en el 65,
-1965 abril: Revolución o Guerra-
aún está semiabierta
como una boca cuadrada, protestando:

Yo era lo que tú eres.
Tú serás lo que ahora soy.
Y así Helena este Canto-Documento.

Y así también escribíamos los jóvenes de entonces...
Decíamos paloma por disfrazar un pez.
Pero muchos, muchos Helena, por el pez-paloma
pasaron en la cárcel varios meses.

Helena, no tuve tanta suerte,
soy un héroe de segunda mano,
de tercera lengua,
de octavo o noveno aplauso por el pensar y el decir,
más no por la actitud más cómoda después.

-!Qué bueno es el tiempo de la ola!
Hice lo que puede y di mi Testimonio.

Ahora cuando los héroes son más que los mosquitos
y zumban su heroísmo más que éstos su grito de batalla
en la oreja que clavan con deleite,
yo odioso pecador,
decidor de verdades
pongo en letras de molde
el Testimonio de diez años de sombras
de veinte años de espera,

de más de treinta años de angustias y de aguardos,
de algunos días más o menos para lograr la paz con la justicia.

Y así Helena fue aquel día
que se llevaron al padre de mi amigo
cuando dijo mi hermana misteriosamente
que no hablara de la Segunda Guerra Mundial,
que era peligroso.
Ese día te conocí.
Fue una discreta presentación algo social y tonta
para un niño que comenzaba a disputar con la vida.
Luego fui a la escuela y me- resultaste algo discutible.

Unos decían de ti que eras natimuerta,
otros que negabas tu raza y tu color,
otros afirmaban que procedías de las tierras secas de Castilla
y eras blanca y distinta,
otros decían de ti que eras una mezcla
de haraganería y estupidez, de Melanina y Tanino.
Más tarde aprendí lo que querían significar
las últimas palabras.

Sin embargo Helena, Zamba, Grifa, Ladina,
Blanca como Flérida tal vez,
del color incierto de los indios,
cimarrona o estable, establecida,
vapuleada, insultada,
aparente consorte de la Divinidad, a veces,
porque el Destino o Suerte o Hado
te tira en ocasiones un juego favorable,
una pequeña quiniela para aguantarte un poco
en tu gran desespero,
en tu impulso preciso,
peligrosamente te conozco y te amo.

Y es que te conocí a ti sin conocer a la ciudad en que vivías,
sin conocer a fondo tu triste vecindario,
sin conocer sus hombres que son tú,
ciudad–aldea–barrio–país América,
ciudad de los rumores, de panderetas ciegas,
ciudad que eras tú, multiplicada.

Te conocí Helena, triste conocerse de los hombres,
sin saber las condiciones de tu lecho
ni el ajustado calzado de tu pie,
y tantos enamorados como yo
esperaban un signo de tu mano
para apartarse de todo y ser más tuyos.

Con todo yo rompí. Cada inicio es una ruptura
y yo entraba a tu casa con deleite
para nacer de nuevo siendo tú.

De la cueva a la cueva, así volvemos.

Lo dijo hace tiempo la baraja
el aceite iluminado,
la luz
y la impresión.

CENTRO DEL MUNDO

A Luis Eduardo Escobal



Centro del mundo, esta isla.
De ella salieron los valientes conquistadores
de ancho tórax, de negra barba, de nervudos brazos,
la tizona al aire al grito de la cruz,
para incendiar naves y someter Imperios.

Y también los Cronistas,
los que habían de adivinar la Historia de los Pueblos
escrita en dura piedra con raros caracteres.

Y hubo Audiencias y Enseñanza y Leyes y Mercedes
sobre la tierra negra del centro de la isla,
y nadie quiso la tierra seca del sur plagada de lagartos,
y el norte y el oeste fueron abandonados por el comercio ilegal
y se fundaron nuevas ciudades, se talaron bosques,
y después se marcharon furtivamente aquellos hombres
para buscar oro o plata en otra parte,
tal vez la juventud no poseída,
porque el pescado no era riqueza duradera.

Yo vi los anchos Conquistadores sonreír satisfechos
plantando su oriflama sobre piedras sagradas,
al aire sus penachos coloridos,
la loriga caliente por el Sol de las razas,
brillante la armadura en tanto deslumbrar.

Y los viejos Cronistas escribieron historias
que luego propagaron por los pueblos de Dios,
historias de espadas y de flechas,

de raros sacrificios,
de emboscadas en rincones
donde asechan la sierpe y su veneno.

Historias donde valen las frases y aquel que las pronuncia:
La fundación de las ciudades que aun con los años
permanecen pequeñas por el abandono sufrido a lo largo de
siglos,
por la continua agitación de uno que viene y otro que se va
en el contorno agitado de estos pueblos
que parecen dejados de la mano de Dios.

Y los penachos de los Conquistadores cubrieron la tierra
partiendo de esta isla.



Este promontorio,
este escupitajo de un dios pétreo
(no es Inglaterra brumosa con sus islas,
ni una Australia perdida entre canguros),
isla del centro es para saltar al centro mismo
de la tierra firme en su brillar de selvas y de ríos,
a la conquista del Sol y de sus Monumentos,
para plantar la oriflama sobre los escombros de
Reinos y de Imperios, para hallar la estrecha faja
que separa la grandeza de los mares.

Isla del centro es. Espacio necesario para el brinco»
Ambicionando gloria partieron desde aquí
los fijosdalgos, los sin fortuna,
los que no tuvieron nombre hasta después del salto.
Partieron desde aquí huyendo al mayorazgo
que no se intercambiaba por lentejas.
Y los penachos cubrieron la tierra a nombre de un Imperio,
y el Sol de las razas no se puso nunca en estas tierras.



Y frente al mar me digo:
¿Por qué tanta avidez en el saboreo triste de estas aguas?
¿Por qué la recreación de una corola en medio de un estío?
posado en el corazón de los pájaros que abandonan el nido
buscando otras canciones, otros horizontes
donde depositar su huevo con nostalgia,
esperando el nacimiento en otro suelo
de los hijos que debieron nacer en esta orilla del mar
batiente de olas.

Y se producen las grandes salidas.
Las que dejan los pueblos sumidos,
las putrefactas urnas con los cuerpos de los muertos
que un día fueron nuestros,
algo de nosotros que se nos escapó de pronto,
que no pudimos retener en el desastre.

Porque fue necesario y así estaba escrito.
Y así escribieron los Cronistas en viejos Pergaminos:
Que nada duraría,
ni las Ciudades con sus Audiencias,
ni las Mercedes de los Reyes,
y que caería tiña en la heredad
porque esto es sólo un trampolín
de madera podrida.

Y fue necesario que se rompiera el cordón que los ligaba
a la espuma batiente o a la playa
en esta erizada orilla azarosa del mundo.

Salieron acompañados sólo por la fe,
la fe tan pequeña en los pueblos pequeños.
Iban en naves, caballeros en mulos, en jumentos,
en carretas, por el aire como flechas,
para escapar muy lejos del redoblar siniestro
de campanas,
del ojo que persigue,
de la ceñuda frente que piensa en el fracaso,
en el desmoronamiento del sueño y de la piedra,
de las trías que abrió la maldad
en este promontorio de purísimo verde.

IV

Oh vasto mundo que un papel no aprisiona!
Vana herejía de ser un poco más en otra parte!

Hacia el Norte marchan los jóvenes
para no sangrar en el mar
entre peñascos y afiladas rompientes,
en negros farallones,
donde compite el mar con la basura.

Hacia el Norte van los niños
a volar su cometa
huyendo del rayo tropical.
Hacia el Norte van las muchachas
a colgar de una estrella polar
sus velos de desposadas,

Hacia el Norte van los viejos
para hamacar su muerte en el frío del Polo.

Hacia el Norte van las viejas
para cubrir sus dolorosas arrugas
con una piedra luciente.

Hacia el Norte van los hombres y mujeres
a desgarrar sus bocas,
a matar el silencio,
el odio detenido en pulmones y tuétanos,
acrisolado en el corazón por mucho tiempo.

V

¡Oh piedra! ¡Oh Norte! ¡Oh río! ¡Acrisolado odio!
Prisioneros aquí sin aparentes rejas,
prisioneros en las islas,
prisioneros aquí,
en medio del desastre,
con el Odio de Dios,
con tropical desenfado en las arenas
con verdes manchas de esperanza gastadísima.
Con el odio encerrados,
prisioneros en las islas
sin aparentes rejas,
comiendo el pan amasado por el odio,
por el odio guardado,
permanecemos aquí,
no miramos fuera las estrellas desgastadas,
las descoloridas barras donde el negro no canta,
no llenamos nuestros pulmones de un aire
que no sopla entre verdes palmeras,
entre verdes rumores,
en esta arena ardiente
donde los pies se queman.

Aquí esperamos. Aquí permanecemos
viendo los que se van y los que vuelven,
la repetición de lo mismo,
lo que siempre ha sucedido.
La tierra se llena con la luz,
de amarillo claror el fruto cuajado,
la flor que nadie huele,

la uva que nadie pisa
en este duro bagazo de unos ángeles
arrojado en el centro del mar
para que fuera isla para el brinco.
¡Oh Isla, Isla, sílaba seca para el hombre!
¡Fruto para que diera en ella su arisca dentellada!

Ningún hombre pudo cantar la gloria de esta Isla.
Ningún hombre pudo mirar su corazón de virgen desolada,
su organización terrible de colinas herbosas.

Una vigilia en la Isla
no es honor concedido a los más grandes,
a los que han visto a la abeja y al trigo que vinieron de Venus.
Y el trigo nunca crece en esta tierra.
Y hay programas sagrados para su desarrollo y crecimiento.
Pero el trigo es de Dios y no se entrega.
Y parten de aquí hombres buscando la simiente,
el perfecto grano, su retoño,
y lo lanzan en valles donde el frío no congela,
donde levanta el pino su estructura
con un corazón niño para el juego y el viento.
Oh vegetal sabor de la madera!
Entraña resinosa de pasajero tiempo crepitante!

VII

Claros varones partieron hacia más altas empresas,
era el designio de un dios en este promontorio.
Mar adentro después. Mar después del mar que contemplamos.
Los hombres se embarcaron hacia más grandes empresas,
hacia vastas hazañas.
Y los Cronistas señalaron la situación exacta, la salida,
el comenzar a caer del Sol que deslumbraba para el nacer del
Sol Crucificado
Y quedaron sólo los humildes,
los pobres de espíritu y de arca
en cuyas cabezas no se afianzaban los morriones,
los yelmos de plata o caprichosos colores,
ni los penachos se agitaban en su aire,
en su aireada aureola.
Y conjeturaron que la libertad era asequible,
se unieron el pequeño Profesor y el Comerciante de Copra,
el Sereno de las Atarazanas y el Capitán del Velero,
el Trabajador de la tierra, el Sacerdote y el Diácono,
el Canónigo sin diezmo, el Médico sin fortuna,
el magro Leguleyo y otros más,
y gritaron que la libertad era posible,
y soñaron, y despidieron a los que partían con una sola sílaba,
a los que marcharon por el mar tan ancho y solo,
abierto al Guerrero y al Apóstol.
Bajo sus amplias banderas,
los Conquistadores prohijados por Condes, por Duques y
Validos,
defendiendo intereses, buscaron su mayorazgo en la

Conquista,
en el sometimiento de Príncipes y Reyes.

Los que quedaron hablaron del Cacao y el Tabaco,
de la Bixa o Achote de dos brazas de alto,
del Palo María, del Palo Nazareno, del Palo del Brasil,
de la Jagua de clarísimo jugo azucarado,
del Guano techador, del Yarey y la Cana,
de la Palma secular, del rojo Candelón,
del Naranja regado en praderías
bajo el vehemente sol que abrasa todo.

Hablaron de metales extinguidos
para que regresaran los que se fueron por el mar
buscando reinos que someter, ínsulas que gobernar
en nombre del Imperio.

Y nadie regresó a su llamado,
al llamado del pequeño Profesor,
porque el pescado y la madera no duraban.

El viejo marino jubilado
calafateó los cascos de las Naos
para que hendieran el Mar de los Guerreros.

VIII

Oh viejo mar de los conquistadores, profunda mar salada:
Femenina en el tacto de la nao, en la entrega al corte de la
quilla.

Masculino en su fuerza primigenia,
profundo guardador de misterios y ahogados.
Cinturón batiente de la isla.
Mar de las guerreras naos, de los trópicos,
de reluciente sol en Hipocampos,
dulce en la piel isleña
salino cubridor del poro de la tierra.

Para el Guerrero el mar fue virgen y conservó
su lámpara encendida.
Su viva luz sobre la proa imperial
presagiaba la semilla de mil patrias.
El Guerrero esconde su pecho de la flecha ponzoñosa,
busca la fuente de la juventud,
un mar que se esconde tras las selvas,
el oro azafranado y los metales corruptores,
pero sobre todo busca un Padre Común para los pueblos.

Camina por el odio, por el odio acechado,
da la espalda al mar del corso y la aventara.

La mar alta de los guerreros se abrió como una mano,
señaló el esfuerzo con la costa prometida,
atrataron las naves con sus vastos designios,
y frente a ellas, la tierra abierta
a su consagración futura.

La isla quedó sola, abandonada.
Espacio indispensable para el brinco,
tierra feraz de designios oscuros,
triste y sacrificada por la Madre,
por la Madre olvidada, a la Madre aferrada,
buscadora de un beso que no existe.

IX

Después llegaron otros días
y otros hombres con ellos.
América ignoró el sabor de la isla,
el dulzor picante de su aire
donde varias banderas impusieron
torpes mandatos, aceradas órdenes
al oscuro hombre de la tierra y la semilla,
al capitán viajero de la copra y el ron,
al magro leguleyo, al triste profesor,
al comerciante de paños, a la mujer
y al niño que crecía...

Manos sucias de peculado hicieron señales ventajosas
y los hombres creyeron,
y no gritaron más, callaron siempre,
musitaron palabras, entrecortadas críticas,
y en la isla se habló una lengua extraña.

X

Muertos de la Isla, muertos solos, sin funeral, sin cajas,
sin agónica vela temblorosa,
sólo el golpe en la nuca, el pozo oscuro
y la pregunta ansiosa de la madre.

Muertos de la Isla,
eslabón en la cadena de la Patria,
de la Patria con ríos para todos,
sin divisorias piedras, sin alambres,
sin fatigas de pan.

Pan de esos muertos que es pan de todos,
sacramental y puro por su sangre,
por sus vidas disueltas en el pozo
después del golpe seco del verdugo.

Pan de espuma de ahogado que nunca reclamaron
por miedo, por el hermano mayor que trabajaba
y sostenía la casa, por la hermana y el padre.

Para morir nadie tiene nombre,
se hace nombre después cuando la muerte llega,
y es un nombre de todos para todos.

XI

Claros varones volvieron por el norte, por el centro,
hacia las altas empresas, hacia grandes hazañas.
Trajeron metralla y juventud,
fuego en el alma dispuesta a consumirse
en la entrega absoluta en la playa y el cerro.
Volvieron con su fe, no tan pequeña,
edificaron libertad sobre la playa,
dejaron la semilla,
y una ruptura más en esta isla.

XII

Armas y mar llegaron con los pechos
dispuestos a la tortura,
con las espaldas listas al azote,
con las cabezas rodeadas por la muerte
que habitaba la isla...

XIII

Anónimos penachos, morriones sin colorida luz,
triste bandera en la cadena de la patria.

Nadie sabía los muertos que llagaron por el norte y el centro,
un viento extraño barrió las cumbres y las playas.

Sangre en el cerro, sangre en las playas,
sangre sembradora de semilla.

Nadie pudo cantar la gloria de los muertos.
Ninguna madre pudo mirar su carne estremecida.

XIV

¡Oh mar amarga que trajiste héroes!
¡Oh viento suave que trajiste muertos!

¿Dónde duermen sus sueños tantos muertos?
¿Dónde descansan sus banderas,
sus penachos sangrantes, sus lorigas verdes,
sus armaduras de plomo contra el plomo?

No buscaban metales corruptores, mayorazgos.
Vinieron, sólo, por la tierra,
la tierra de todos para todos.
(Un Caobo para el cráneo del Guerrero!
¡Un Palo Nazareno para marcar la tumba del Guerrero!
(Un corazón de hermano para colmar la Madre del Guerrero!

XV

Tierra, salvaje tierra conmovida
con pitos, relámpagos, palmadas
pidiendo libertad, pidiendo a gritos
la coraza del triunfo, la justicia
serena, la equitativa muerte
del verdugo, la sal del mar para todos,
para todos el aire,
la piel de todos una sola piel estremecida,
un solo grito en cada labios,
una sola palmada en número de cinco,
una sola palabra: Libertad.
Libertad en la isla, la difícil palabra,
libertad en el tacto, en las pestañas,
libertad de alimentos y sonrisas,
la caña para todos meciéndose en el aire.

XVI

Países hubo de sueños donde no sucedieron estas cosas...
Y el hombre de la Isla, bajo muchas banderas,
conservó la Heredad:
Poblaciones de Odio Comarcas de Silencio,
la Piedra con musgo y con avispas,
la Ruina con higos, con helechos,
y El Hombre con el Pueblo por ser Pueblo.
Con el pobre profesor, con el magro leguleyo,
con el canónigo sin diezmos, con el hombre de la tierra,
con el portero que dice: "Buenos días" y no come,
con el que vende Carbón de Guayacán,
con el Celador de Aduanas que evita el contrabando,
con el marino jubilado que no viaja más
y añora mares, islas, fondeaderos,
peligros de erizadas costas,
y nos cuenta aventuras inventadas.

Países hubo de Sueños... Y el Hombre conservó la Heredad
bajo muchas banderas.

XVII

Yo no te ignoré, Isla, probé tu fruto sazonado,
desde mi infancia, bajo una bandera de temor.
No partí como muchos, ni llegué en la jornada de la Muerte y
la Patria
a edificar libertad sobre la arena y el cerro.

Yo no supe de mar y de aventuras,
de naves veloces donde la sal se cuaja,
de clarines sonoros y cañones de ronca voz de muerte,
de guerreros tambores en comunión de carne de fusil,
de búsqueda de huesos familiares
y calcinados dientes.
Pero sentí tu piel en mi piel desde mi infancia,
pero sentí tu boca en mi boca diciéndome mentiras oficiales.

Porque probé tu beso venenoso y terrible y no partí
buscando la conquista
para volver de nuevo, frustrado victorioso,
con hijos de otra parte.
¡Yo te pienso, ¡Oh, Isla!, no trampolín sino agua quieta!
No sílaba sino frase completa que me colma.

Yo te pienso, Patria, no como un sueño,
sino como un pan en la mano de mi hermano.

Yo te pienso afanosa, pequeña trabajadora poblada
de semillas. Isla nutritiva para el pobre.
Yo te pienso del Padre Común hija amantísima.

Países hubo de brumas donde no sucedieron estas cosas.
Países hubo de huida donde no sucedieron estas cosas.

Y el Hombre de la Patria, esperó conservando la Heredad
para que fuera isla de alimentos, sin fraudes, sin cuitadas.

Epílogo

Miguel D. Mena

La literatura dominicana contemporánea tiene punto de partida en el 1961. El detonador fue el ajusticiamiento en ese año de Rafael Leonidas Trujillo, el dictador que desde 1930 hasta ese año no sólo marcó con su mano férrea la vida social, sino que logró insertarse en el inconsciente de la *dominicanidad*.

A diferencia de muchas otras dictaduras, el trujillato logró permear ideologías, conceptos, percepciones, relaciones, porque vinculó su corpus a los proyectos de modernidad económica y nacionalismo. Como pudo cooptar a la mayor parte de la intelectualidad, ofreció la imagen de sustentar un nuevo proyecto de nación. El *trujillato* fue un habla. Instaló un decir, obligando a una estrategia del pensar.

Máximo Avilés Blonda (1931-1988) vivió el antes y del después de 1961. A temprana edad comenzó como poeta dentro de la denominada *Generación del 48*, para luego acentuar la dramaturgia. Sus modelos antes de 1961 fueron los usuales de su época: los clásicos griegos, los autores del Siglo de Oro español y naturalmente, los del 27. Lo que pudo leerse luego en aquél Santo Domingo de los 60 fue una ruptura con el viejo sentido común: Brecht, el teatro del absurdo, la poesía patriarcal norteamericana –sobre todo Robert Frost, a quien nuestro autor habría de conocer personalmente.

Cantos a Helena y Centro del mundo aparecieron en un año y dentro de una colección significativa: 1970, como primer volumen de la colección *Brigadas Dominicanas*. Los otros dos textos que se habrían de publicarse ahí marcarían el cenit de esa

época: los cuentos de Miguel Alfonseca *El enemigo*, y la novela Aída Cartagena Portalatín, *Escalera para Electra*, quien además fue la editora de las tres obras.

Cantos a Helena podría leerse paralelamente a *Hay un país en el mundo* (1949), de Pedro Mir. En ambos advertimos la propuesta de un pensamiento epocal sobre el devenir de la nación, desde un espacio colonial hasta el contemporáneo republicano. Mientras Mir tiene como referente imperial la Ocupación militar norteamericana (1916-1924), Avilés Blonda mira la reciente Guerra de 1965 donde la vieja bota militar estaba presente.

Pero a diferencia de Mir, Avilés Blonda traza un país menos insular y más insertado dentro de un principio de clasicidad, demás está decir, griego. Planos como el del paisaje agrario, o sujetos como los obreros de la caña, han desaparecido, para cederle el paso al nuevo sujeto de las ciudades. En aquél aspecto *clasisista*, *Cantos a Helena* también merecería una lectura comparativa con *Escalera para Electra*.

Tanto en *Cantos a Helena* como *Centro del mundo* hay poco espacio para los colores tropicales. Las coloraciones bien pudieron haber salido de los *Cuatro Cuartetos* de T.S. Eliot: cortantes en sus dimensiones, como si bien vez del difuminado se prefiriese el corte de las tijeras. Por eso, a veces se tiene la impresión de que la prosa del dramaturgo campea a despecho de la vieja lírica del vate.

Junto a esas figuraciones clásicas, también sentimos el primer peso definitivo de la Biblia. Aunque no pudiera hablarse de una escritura *mística* –Avilés Blonda no cuestiona ni rebusca en creencias–, late en estos poemas un decir salido de un autor con profunda vocación cristiana –demás está decir, católica–. Esto puede extrañar bastante en un contexto como en el que él escribe, marcado por los extremismos de la política, una situación de dura represión y un doloroso reajustarse por los senderos de la democracia.

Cantos a Helena y *Centro del mundo* tuvieron la gracia de no caer en la simple denuncia ni el panfleto. Ambos expresaron un dolor y un principio de doxa ante el pasado, que era como decir, comprender las sombras del presente. De ahí su actualidad y su transcendencia.

Estamos ante un texto de madurez de un autor que se reconoce como cristiano y crítico, no necesariamente como un “revolucionario” según el sentido común de su época. Y a pesar de ello, lo es. Máximo Avilés Blonda logró expresar con inteligencia, creatividad y sinceridad un poemario único en su tiempo. Mientras los autores de la Generación del 48 necesitaron bastante tiempo para trascender sus magros inicios –lo que publicaron antes del 1961 podría ser un “hago constar” pero no un sustancial aporte–, Máximo Avilés Blonda logró con *Cantos a Helena* y *Centro del mundo* un decir original, amplio y consistente: original por su tratamiento de los versos –su fluidez narrativa; amplio por no diluir al ser dentro de la Historia, y consistente poéticamente por asumir su yo sin caer en las estridencia del “nosotros” o la simple denuncia.

Máximo Avilés Blonda ha estado atento a lo que acontece en aquella tragedia de su día a día. La validez de esta obra poética está en ese punto medio que logra entre el afuera y el adentro, haciéndonos partícipe de una poesía que debe inspirar verdad y vida.

19 de febrero del 2012.

MÁXIMO AVILÉS BLONDA, nació en Santo Domingo, Rep. Dominicana. Graduado en Derecho y Humanidades en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, en la cual se desempeña como director del Departamento de Drama y profesor. Poeta y autor dramático, ha publicado las obras siguientes: TRIO, LAS MANOS VACIAS, LA OTRA ESTRELLA EN EL CIELO, YO, BERTHOLT BRECHT y PIRAMIDE 179, esta última obra estrenada en el Festival de Manizales 1969 (Teatro) y la de poesía EL CENTRO DEL MUNDO. Teatro de tesis y poesía el suyo. Se inicia en la vida literaria dominicana como componente del grupo que forma la Generación del 48. Durante cuatro años desempeñó la Dirección General de Bellas Artes.

[TEXTO DE LA CONTRAPORTADA
DE LA PRIMERA EDICIÓN DE *CANTOS A HELENA*]